CAPÍTULO I

LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN

No es presuntuoso afirmar que el autor que se ha escogido para el desarrollo del presente trabajo es altamente conocido y considerado por casi todas las esferas de la cultura intelectual. San Agustín de Hipona fue un hombre de gran inteligencia, apasionada fe y de un incansable celo pastoral. Según el Papa emérito Benedicto XVI, es uno de los santos y doctores de la Iglesia más conocidos al menos de nombre, incluso por quien ignora el cristianismo o no tiene familiaridad con él (Benedicto Pp. XVI, IV Audiencia, 2008, p. 04).

Aunque es el Padre de la Iglesia que mayor número de obras ha dejado, cabe la interrogante de cuán conocido y/o leído es en esta localidad. En este primer capítulo se proporciona un alcance general sobre la persona de Agustín, sus principales obras y específicamente, sobre el libro escogido para esta investigación, las Confesiones.

1.1.San Agustín de Hipona. Contextualización

Contextualizar a Agustín de Hipona no significa realizar propiamente una biografía del autor que se ha escogido para el desarrollo del presente trabajo. Significa básicamente, exponer de modo muy general algunos datos biográficos, históricos, culturales, geográficos e incluso teológicos que puedan ayudar a ubicar y comprender mejor la prolífica obra y el testimonio de vida de este gran Santo de la Iglesia Católica.

1.1.1.Su familia

Aurelio Agustín nació el 13 de Noviembre del año 354 en Tagaste de Numidia, Provincia Romana al norte de África. Su padre se llamaba Patricio y su madre se llamaba Mónica. Ella era una ferviente católica, pero Patricio era lo que en ese entonces se calificaba como pagano. Cabe aclarar que al calificar a Patricio como “pagano”, no se le está tipificando como una persona hostil al cristianismo. Según la traducción hecha por el Padre Juan Betancourt del libro Mi Madre, del Padre Agustín Trapé, se precisa lo siguiente acerca de qué significa ser pagano en este contexto:

> En muchas ciudades de mayoría cristiana, como Tagaste, había paganos que no eran como en el pasado hostiles al cristianismo, sino que toleraban que sus esposas, viviesen según su fe y que educasen a los hijos cristianamente. Por tanto neutrales en cuanto a la religión y benévolos con quienes la practicaban. (Betancourt, 1985, p. 18)

Respecto a la personalidad de Patricio también muchas veces se ha ido exagerando calificándolo como un hombre muy malo. De hecho no era precisamente el más santo de los esposos, pero al menos se preocupaba por el bienestar de su familia; es más, fue catecúmeno al final de su vida. En la traducción mencionada anteriormente se afirma de Patricio lo siguiente:

> De él habría que decir, por deber de justicia, que juntamente con sus defectos, tenía cualidades que lo hacían estimado y simpático. Era ciudadano honorable, miembro del *ilustrísimo* concejo municipal. En verdad fácil a la ira y un poco libertino, pero por lo demás un hombre bueno y afectuoso. Amaba tiernamente a la esposa y se preocupaba por el futuro de los hijos. Que en su casa todos fuesen cristianos, menos él, no era un obstáculo para la unidad y la paz doméstica. (Betancourt, 1985, p. 18)

En cuanto a Mónica; se sabe más de ella que de Patricio gracias a los datos que ha dejado el mismo Agustín en las Confesiones. Más adelante se seguirá profundizando sobre la influencia de Mónica para la formación de Agustín. Por ahora solo se mencionarán algunos aspectos elementales.

Mónica nació también en Tagaste en el año 331. "Más que por sus padres, fue educada por una anciana sierva de la casa, a cuyos cuidados fue confiada" (Betancourt, 1985, p. 13). Gran parte de la personalidad de Mónica se formó gracias a la influencia de esta severa anciana que consiguió en ella una postura fuerte frente a las dificultades que le tocaría afrontar. Así describe su personalidad el Padre Betancourt: "Tuvo una inteligencia vivaz (…), una voluntad fuerte, un carácter noble, fiero, decidido; tuvo también una sensibilidad profunda y una inclinación especial al recogimiento, a la elevación interior, a la oración" (Betancourt, 1985, p. 14)

No se sabe a ciencia cierta cuándo se casó, pero sí que tenía 23 años cuando nació Agustín (al parecer fue su primogénito). Tuvo un hijo más y una hija. De su segundo hijo sólo sabemos que probablemente se llamaba Navigio y de su otra hija no se sabe ni su nombre; aunque sí se conoce que "habiendo quedado viuda, se consagró a Dios y rigió santamente por muchos años el Monasterio de las Religiosas de Hipona fundado por su gran hermano" (Betancourt, 1985, p. 15).

1.1.2 Su patria, división geográfica administrativa

Según el Padre Pío de Luis Viscaíno "Tagaste actualmente es una pequeña ciudad de Argelia, de unos 2.000 habitantes, denominada Souk-Ahras, y pertenecía a la provincia de Numidia; una de las muchas en que estaba dividido el imperio romano". (De Luis, 2000, p.17). Es necesario preguntarnos ¿Por qué Numidia era una provincia del Imperio Romano? Necesitamos aclarar lo que sucedía con el Imperio Romano y su extensión.

> Se denomina "Imperio Romano" a una etapa de la historia en la que Roma es liderada por una serie de emperadores con un tipo de gobierno absoluto; es decir, que concentra en una sola persona tanto el poder político, administrativo, religioso y militar. Es una etapa en la que Roma va extendiendo sus dominios de manera muy acelerada. Específicamente, abarcó tres continentes: sur y oeste de Europa, el oeste de Asia y el norte de África (Aquí se ubicaría a Numidia y todos los lugares recorridos por San Agustín). (Mi historia universal, 2017).

No está demás aclarar que la mayoría de historiadores han coincidido en fechar la aparición del Imperio Romano a partir del 27 ó 29 a.C, hasta el 476 d.C, después de caer el Imperio Romano de Occidente. El Imperio Romano de Oriente, que luego se llamó Imperio Bizantino, se mantuvo hasta 1453; caída de Constantinopla, actualmente llamada Estambul. (Mi historia universal, 2017)

El afán expansionista del Imperio romano le hizo llegar hasta África. Mientras vivió Agustín, observó este desarrollo y decaimiento; cómo pues estaba dividido política y eclesialmente el territorio de este magno imperio en tiempos de Agustín.

> El Imperio estaba dividido en tres prefecturas: las Galias, Italia-Ilyricum-África y Oriente. Se establecieron doce diócesis: Oriente, Póntica, Asiana, Tracia, Mesia, Panonia, Britania, Galia, Vienense, Italia, Hispania y África. Cada diócesis agrupaba varias provincias al frente de las cuales estaba un gobernador. La diócesis de África estaba dividida en tres provincias: Proconsular, Bizacena y Tripolitana. Agustín vivía en el África Proconsular, con capital en Cartago. (Bisabuelos, 2017).

1.3 Situación política

Contextualizar a San Agustín también implica describir aunque sea a grandes rasgos algunos acontecimientos y/o situaciones de gobierno de los principales emperadores que este gran Padre de la Iglesia vio gobernar mientras buscaba a Dios con todo su corazón en esta tierra.

1.3.1 Constancio II

Un año antes del nacimiento de Agustín (353), Constancio II (hijo de Constantino), derrota al usurpador de la parte occidental del Imperio (Magencio). Desde aquel momento buscará la unidad del imperio. Sin embargo, la lucha por someter a Magencio trajo consigo la desorganización militar en las Galias.

> En 355 Constancio II nombra César a Juliano, hijo de Julio Constancio (de tan solo 24 años de edad). El año 361 Constancio II muere en el frente de la guerra sostenida contra los persas. Juliano, su sobrino, es proclamado emperador. (Bisabuelos, 2017).

1.3.2 Juliano

En cuanto al aspecto religioso, el nuevo emperador tenía como objetivo la erradicación del cristianismo. Pretendía restaurar el culto pagano y reconstruir los templos destruidos por Cosntantino[1].

> En el año 362 prohibió a los cristianos que enseñaran gramática y retórica (esto era una clara marginación y hostilidad). Con todo, el 26 de Junio de 363, Juliano muere alcanzado por una escaramuza durante la guerra contra los persas. (Bisabuelos, 2017).

1.3.3 Joviano

Tras la muerte de Juliano comienza una época denominada: "del peligro exterior y defensa del imperio". Se dividió en dos partes con gobiernos coordinados pero muy autónomos. Como sucesor de Juliano, el ejército designó a Joviano (General de Panomia, actual Hungría). "Joviano con cautela, restituyó al cristianismo una buena parte de sus privilegios perdidos. Sin embargo, muy pronto, Joviano murió el 17 de Febrero de 364" (Bisabuelos, 2017). Agustín tenía diez años de edad, seguía en su pueblo natal y ya crecía según sus propias palabras en la falta de caridad frente a las personas.

1.3.4 Valentiniano y Valente

Flavio Valentiniano se llamaba el nuevo emperador con cierto arraigo cristiano. Era un ilustre soldado, que bajo la presión del ejército designó como co-emperador a su hermano Valente, también buen militar que fue muy bien aceptado. "Con la proclamación de Valentiniano y Valente llegaba al trono una familia de militares de profesión (…) ejemplo de la nueva aristocracia militar que se estaba constituyendo". (Bisabuelos, 2017). Valente se

[1] También llamado Constantino I o Constantino el Grande, fue el emperador romano que se convirtió al cristianismo y proclamó la libertad religiosa en el Imperio a través del edicto de Milán en 313. Además convocó el Concilio de Nicea en el 325.

ocupó de la parte oriental del imperio (Imperio Romano de oriente), mientras que Valentiniano de la parte occidental (Imperio Romano de occidente).

En el año 373 Agustín tenía 19 años de edad y ya se había hecho maniqueo. Mientras tanto, en el África Romana había estallado una peligrosa rebelión bajo el mando de un tal Firmo. Era un ambiente lleno de querellas socioreligiosas (donatistas y circunceliones) y étnicas. Había cierta oposición entre campesinos y nómadas bereberes, y los grupos urbanos y romanizados. Sin embargo, fue el General romano Teodocio (También llamado "Teodocio el Viejo") el que consiguió vencer a Firmo y restaurar la paz en el África romana.

El 17 de Noviembre de 375 le sorprendió la muerte a Valentiniano en una operación militar. Le sucedieron sus hijos Graciano y Valentiniano II (que tenía solo 4 años de edad). En ese mismo año Agustín regresó a Tagaste como profesor. Por otro lado, Valente afrontaba un momento muy difícil de invasiones.

> En ese mismo año 375, unos cincuenta mil visigodos cruzaron el Danubio, seguidos por otros grupos de pueblos bárbaros (ostrogodos, alanos, hunos escitas). Tres años más tarde, Valente decidió contener aquel gran ejército bárbaro en agosto de 378. Sin embargo, todo resultó mal para el ejército imperial, sucumbió el mismo Valente con los dos tercios de su ejército. (Bisabuelos, 2017).

Agustín ya tenía 24 años y vivía en Cartago. Se había trasladado ahí desde Tagaste tras experimentar la dolorosa muerte de un amigo íntimo, también es el inicio de los primeros pasos del joven Agustín a otras ciudades:

> … huí de mi ciudad natal esperando que mis ojos buscarían menos al amigo en sitios donde tenía la costumbre de verle. Por eso partí de Tagaste con dirección a Cartago. (S. Agustín, Confesiones IV, 7, 12).

1.3.5 Teodosio y Valentiniano II

Tras la muerte de Valente, Graciano (hijo mayor de Valentiniano), llamó a "Teodosio el joven" (hijo de Teodosio el viejo) para hacerse cargo del gobierno oriental. El 25 de Agosto de 383, Graciano muere asesinado en Lyon. En este mismo año Agustín se traslada a Roma donde continúa trabajando como docente. Teodosio, ahora llamado "Teodosio el Grande" gobernaba desde Constantinopla, que de esta forma se vería definitivamente confirmada en su papel de capital. "[Teodosio] Mantenía muy buenas relaciones con la aristocracia romana". (Bisabuelos, 2017).

> Desde el año 383 al 388 Valetiniano II, se encarga del gobierno occidental bajo la tutela de su madre Justina (ferviente arriana y enemiga de San Ambrosio). Ambos vivían en Milán. Y tras

> la muerte del Papa Dámaso, Ambrosio de Milán era el personaje con más prestigio en la Iglesia. En el 384 estalla cierta disputa entre Justina y Ambrosio. (Bisabuelos, 2017).

Durante este quinteto de años, se suscitan algunos acontecimientos en la vida de Agustín que serán trascendentales para el desarrollo de su prolífica obra. En el mismo 383 se traslada a Roma para continuar ahí ejerciendo la docencia; al año siguiente es nombrado profesor de Milán, ciudad en la que residía; en el 386 (a la edad de 31 años), a inicios de Agosto se convierte a la fe católica y luego se traslada a Casiciaco; al año siguiente regresa a Milán para recibir su bautismo previa catequesis bautismal, y mientras regresaba a África, muere su madre Mónica en Ostia Tiberiana, puerto de Roma; para el 388 vuelve a Cartago y poco después a Tagaste.

1.3.6 Arcadio y Honorio

> Ante ciertas usurpaciones en el gobierno de occidente, Teodosio envió a la Galia a Valentiniano II resguardado por un general; sin embargo, aun así Valentiniano II, muere el 15 de mayo de 392. Así pues, Teodosio se encaminó a recuperar el gobierno occidental. Entró triunfante ante los generales insurrectos y presentó al senado a su hijo Honorio como Augusto de occidente. (Para esto ya, en el 383 Teodosio había dejado a su hijo Arcadio a cargo de Constantinopla). El 17 de enero de 395, muere Teodosio dejando el imperio dividido geográfica y administrativamente entre sus dos hijos: Arcadio (oriente) y Honorio (occidente). (Bisabuelos, 2017).

Mientras tanto, acontecimientos importantes se suscitaban en la vida de Agustín: en el 391 (a la edad de 36 años) es ordenado sacerdote en Hipona. En el 396 es ordenado Obispo auxiliar de la misma ciudad, y al año siguiente Obispo titular. Inicia la redacción de las Confesiones.

1.3.7 De Honorio a Valentiniano III en occidente

Uno de los acontecimientos más trascendentales y trágicos durante el gobierno de Honorio fue, la conquista y saqueo de Roma a cargo de los visigodos de Alarico; esto sucedió del 24 al 26 de agosto de 410.

> Causó tal conmoción este acontecimiento, que los paganos empezaron a responsabilizar al cristianismo de las desgracias de Roma; veían esto como un castigo de los dioses por haber abandonado su religión ancestral. (Bisabuelos, 2017).

También podemos verificar que “El 15 de Agosto de 423 murió Honorio sin descendencia. Le sucedió Valentiniano III, hijo de la princesa Gala Placidia y del general romano Constancio”. (Bisabuelos, 2017). Gala Placidia era hija de Teodosio y Gala, y por tanto, hermana de Honorio y Arcadio. Valetiniano III gobernó el Imperio Romano de

Occidente de 425 al 455; uno de los periodos más críticos. Con todo, Agustín ejerció una intensa actividad pastoral en Hipona hasta el 430.

1.3.8 África invadida por los vándalos

> Se denomina los vándalos a un pueblo de origen germánico conducido por un monarca llamado Genserico que, abandonando la Península Ibérica en la primavera del año 429, se establecieron en las tierras romanas del África latina. Esta invasión constituía una grave amenaza para el Imperio, porque así, Roma quedaba privada de las provincias que les suministraban los principales alimentos. (Bisabuelos, 2017).

El asedio a Hipona se efectuó de mayo a junio de 430. Agustín había agotado todos los medios para conseguir la paz para su rebaño, pero no pudo obtenerla. El gran Obispo de Hipona, ya de 75 años, contrajo una fiebre que le acarreó la muerte el 28 de Agosto del mismo año.

1.4 Datos biográficos más significativos.

Todos los datos expuestos líneas arriba; tanto acontecimientos históricos como aspectos familiares, contribuirían a formar en el inquieto Agustín un profundo e insaciable deseo por encontrar la verdad. No sin fundamento San Agustín también es conocido como el "Buscador de la Verdad". Es impensable que frente a tales acontecimientos, una persona no se cuestione sobre el sentido de la vida, más aún sobre la existencia de Dios. Esto es lo que en seguida se vislumbra a grandes rasgos.

1.4.1 Primeros estudios.

Desde niño, Agustín era un chico muy inteligente. Tanto Mónica como Patricio se ocuparon de que recibiera una buena educación. Y aunque no siempre fue un estudiante ejemplar, aprendió muy bien la gramática latina tanto en su ciudad natal como en Madaura. Es a partir del año 370 (más o menos a la edad de 16 años) que empieza a estudiar retórica en Cartago, capital de África romana. Dato curioso es que no aprendió bien el griego ni el púnico, lengua que hablaban sus paisanos.

1.4.2 Amor por la sabiduría.

Fue en Cartago a la edad de 18 ó 19 años, que Agustín leyó por primera vez un libro que marcaría significativamente sus anhelos. Se trataba del Hortensius; obra de Cicerón que se perdería en el tiempo. Para muchos agustinólogos, la lectura de este libro marcaría el inicio

de su “conversión”. Lo cierto es que este texto despertaría en el joven e inquieto Agustín su amor por la sabiduría:

> Su lectura realizó un cambio en mi mundo afectivo (…) hizo que mis proyectos y deseos fueran otros (…) con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría. (San Agustín, Confesiones III, 4,7).

1.4.3 Primer encuentro con las Sagradas Escrituras.

Agustín sigue buscando la sabiduría en los libros y, de pronto toma las Sagradas Escrituras. Este primer encuentro con la Palabra de Dios escrita, no resulta tan satisfactorio; se decepciona de la Biblia básicamente por dos razones: Por un lado porque el estilo de la traducción de por sí era deficiente, y sumado a ello su soberbia intelectual aún no le permitía asimilar con humildad tan grande misterio.

1.4.4 Agustín Maniqueo.

Muy pronto, Agustín se vio involucrado con los Maniqueos ¿Quiénes eran y qué planteaba esta agrupación? Eran una secta que se presentaban como cristianos y prometían una religión racional. Su propuesta era la siguiente: El mundo está dividido en dos principios; el bien y el mal. Sólo así se podría explicar toda la complejidad de la historia humana. Esta explicación comportaba una moral dualista que de alguna forma atraía a los jóvenes de la época, permitiéndoles justificar sus errores y callar su conciencia.

Agustín también cayó en sus redes en parte por lo mencionado en el párrafo anterior, pero también por otra razón más ambiciosa: adherirse a los maniqueos le abría fáciles perspectivas de carrera; ya que, esta pseudoreligión, contaba también con muchas personalidades influyentes. Además le permitían seguir su relación ilegítima con una mujer. Con esta mujer tuvo un hijo llamado Adeodato, quien era muy inteligente. Desafortunadamente este hijo falleció prematuramente.

1.4.5 Se aleja de los maniqueos y conoce a Ambrosio

A la edad de veinte años fue profesor de Gramática en Tagaste, su ciudad natal; pero pronto regresó a Cartago donde alcanzó fama como un brillante maestro de Retórica (este oficio es comparable con lo que hoy sería un abogado de profesión).

Poco a poco Agustín se fue decepcionando de la fe de los maniqueos, especialmente por el aspecto intelectual, ya que no resolvían todas sus dudas más profundas. Es así como decide alejarse de ellos; viaja a Roma y después a Milán. En esta última ciudad había obtenido un

buen puesto de trabajo por influencia de un prefecto de Roma que era pagano y muy hostil a Ambrosio, Obispo de esa misma ciudad. Este pagano llamado Símaco había conseguido que Agustín residiera en la misma corte imperial.

Sin embargo, Agustín con el deseo de perfeccionarse cada vez más, empezó a acudir al templo para escuchar las predicaciones del Obispo de Milán, pues había oído que era un buen retórico. En efecto, Agustín quedó fascinado por la forma cómo se expresaba Ambrosio, aunque poco a poco, también el contenido iba tocando cada vez más su corazón:

> No tenía pues, interés en aprender lo que Ambrosio decía, sino en escuchar cómo lo decía. (…) Pero perfectamente sincronizados con las palabras que eran objeto de mi interés, iban surgiendo los contenidos que yo despreciaba. (…) Y cuando abría mi corazón para dar acogida a las expresiones retóricas, de paso se adentraba en él la verdad de los contenidos. (San Agustín, Confesiones V, 14, 24).

1.4.6 Segundo encuentro con las Sagradas Escrituras. Conversión y Bautismo.

Agustín se dio cuenta de que la interpretación alegórica de la Escritura y la filosofía neoplatónica del Obispo de Milán le permitirían acoger con más disposición la Palabra de Dios (algo que no había conseguido en su primer contacto con la Biblia). Es así como durante un buen tiempo Agustín continuó con la lectura de textos filosóficos, pero a la vez leía también la Palabra de Dios (especialmente los escritos paulinos).

Suele fecharse su conversión al cristianismo el 15 de Agosto de 386 (a la edad de 31 años) tras un encuentro personal y definitivo con la Palabra de Dios. De inmediato se mudó al lago de Como, al norte de Milán, con su madre Mónica, su hijo Adeodato y un pequeño grupo de amigos para prepararse al Bautismo. Así pues, a los 32 años, Agustín fue bautizado por Ambrosio el 24 de abril de 387, durante la vigilia pascual en la catedral de Milán.

1.4.7 Muerte de Mónica y vida monástica.

Después de recibido el Bautismo, Agustín decidió regresar a África con su grupo de amigos con la intención formar una comunidad monástica dedicada a la búsqueda de la verdad y al servicio de Dios. Sin embargo, mientras esperaban para embarcarse, su madre enfermó y murió improvisadamente en el puerto de Ostia.

Con todo, finalmente establecido en Hipona fundó un monasterio para tener vida común con sus amigos en búsqueda y al servicio de la Verdad. Sin embargo, a pesar de resistirse, fue ordenado presbítero en el año 391. Así pues, repartía su tiempo entre la oración, el

estudio y la predicación. Unos años más tarde fue consagrado Obispo Auxiliar (396) y al año siguiente Obispo Titular de la misma ciudad.

1.4.8 Ministerio pastoral.

Es así como en poco tiempo Agustín se convirtió en uno de los más grandes Obispos de la época. Era ejemplar su celo apostólico y su lucha incansable contra las herejías (maniqueísmo, donatismo y pelagianismo, principalmente) que circundaban amenazantes a la fe cristiana que tanto amaba: predicaba varias veces a la semana, sus fieles ayudaban a los pobres, atendía a la formación del clero y la organización de los monasterios femeninos y masculinos, etc.

1.4.9 Muerte de Agustín.

Finalmente después de 35 años de fructífero episcopado y mientras la ciudad de Hipona era asediada por los vándalos, a Agustín le sorprendió la muerte tras contraer fiebre el 28 de agosto de 430. Según San Posidio, sus últimos días los pasó con mucha tristeza al ver su diócesis en tan grave crisis:

> Los últimos días de su senectud llevó una existencia amarguísima y más lúgubre de lo que se puede pensar (…). Los moradores de las granjas, pasados a cuchillos o dispersos; las Iglesias, sin ministros y sacerdotes; las vírgenes sagradas y los que profesaban vida de continencia, cada cual por su parte. (San Posidio, 28,4).

Pero a pesar de todo, no dejó de orar a Dios con ayuda de los salmos que tanto le gustaban. Es evidente que leyéndolos alababa y le agradecía a Dios por su infinita misericordia:

> Mandó copiar para sí los pocos salmos de David que llaman de la penitencia, y, poniendo los cuadernos en la pared ante los ojos, el santo enfermo los miraba y leía día y noche, llorando copiosamente. (San Posidio, 31,2).

1. Producción literaria

Resulta interesante la siguiente afirmación de San Posidio, a cerca de los escritos agustinianos: “Fue tanto lo que dictó y escribió, lo que disertó en la iglesia, lo que extractó y enmendó (…) que no bastaría la vida de un hombre estudioso para leerlos y conocerlos” (San Posidio, 18, 6).

Según el Papa emérito Benedicto XVI, San Agustín “es el Padre de la Iglesia que ha dejado el mayor número de obras”. (Benedicto Pp. XVI, 2008, p. 26). Y ellas son de mucha

importancia no solo para la historia del cristianismo, sino también para la formación de toda la cultura occidental.

San Agustín mismo revisó sus obras antes de morir. El resultado de ello se puede apreciar en uno de sus últimos escritos titulado: “Retractaciones”. Después de su muerte su fiel amigo y biógrafo San Posidio realizó una lista de cada producción literaria de Agustín. Esta lista de obras es un añadido denominado “Indículus” que se puede apreciar al final de la obra de Posidio ya mencionada anteriormente, “Vita Augustiniani”.

San Posidio realizó esto con el objetivo explícito de salvaguardar la memoria de Agustín y tan bello legado a la humanidad mientras la invasión de los vándalos se extendía por toda el África romana. Posidio contabilizó más de 1300 escritos numerados por su mismo autor. Probablemente se basaba en el catálogo de la biblioteca personal de Agustín.

El hecho de haber sido un gran orador, la decisión de seguir a Jesús y el ser consagrado ministro de su Iglesia; hizo que este gran convertido predicara tanto durante cuatro décadas. Según Benedicto XVI, “Hoy han sobrevivido más de 300 cartas del Obispo de Hipona, y casi 600 homilías (…), pero estas eran originalmente muchas más, quizá incluso entre 3000 y 4 000” (Benedicto Pp. XVI, 2008, p. 27).

Por tanto, en el conjunto de la producción literaria de Agustín, tenemos más de mil publicaciones divididas en escritos filosóficos, apologéticos, doctrinales, morales, monásticos, exegéticos contra los herejes, cartas y homilías. Además, destacan algunas obras de gran importancia teológica y filosófica. Expondremos a grandes rasgos las más consultadas.

2.1 “Retractatio”

El título se podría traducir como retractación, enmienda o corrección. Es una obra poco difundida, pero no por ello menos original y de capital importancia. Está redactada en dos libros y fue escrita en torno al año 426. San Agustín ya anciano de unos 72 años hace una revisión de toda su producción escrita, dejando así esta obra singular y sumamente preciosa, pero al mismo tiempo una enseñanza de sinceridad y de humildad intelectual.

2.2 “De civitate Dei”

Se puede traducir como “La ciudad de Dios”. Según San Posidio, la habría escrito en 413, pero sería concluida en 416. El contexto era el saqueo de Roma por parte de los godos en el año 410. Como ya se mencionó anteriormente, muchos paganos acusaban a los

cristianos de que esta desgracia se debía a que el Dios Cristiano no protegía debidamente a la ciudad como sí lo habrían hecho los Dioses ancestrales.

Frente a esta acusación, que definitivamente afectaba emocional y hasta políticamente a los cristianos, San Agustín responde con esta grandiosa obra. Aclara aquí qué es lo que los hombres debían esperar de Dios y qué es lo que no podían esperar de Él. Cuál es la esfera política y la esfera de la fe, de la Iglesia; qué le compete a cada una. Definitivamente es un gran aporte para el desarrollo del pensamiento político occidental y para la teología cristiana.

Nos presenta la historia de la humanidad y el dominio al que está sometida. Cada hombre decide a qué ciudad pertenecer; a la que se gloría en sí misma o a la que se gloría en el Señor, a la de los príncipes o a la de los santos:

> Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial" (San Agustín, De civitate Dei, XIV, 28).

2.3 "De Trinitate"

La traducción más cerca seria "sobre la Trinidad", esta obra es escrita ntre los años 399 ó 400 hasta el 412 Agustín escribió los doce primeros libros de esta obra, que fueron sustraídos y publicados sin que él se diera cuenta. Pero fue completada y revisada en su conjunto probablemente hacia el 420.

Trata aquí sobre uno de los principales dogmas de la Iglesia católica, sobre el núcleo principal de la fe cristiana, sobre el Dios trinitario. Reflexiona sobre el rostro de Dios e intenta comprender este misterio de amor; Dios es único y a la vez trinitario. Y este mismos ser trinitario (tres personas en una unidad más profunda) le hace ser Dios único, creador de todo lo que existe.

2.4 "De doctrina Christiana"

Su traducción más directa sería "Sobre la doctrina cristiana". Según el Papa Benedicto XVI "es una auténtica introducción cultural a la interpretación de la Biblia y, en definitiva, al mismo cristianismo, que tuvo una importancia decisiva en la formación de la cultura occidental" (Benedicto Pp. XVI, 2008, p.31). Al igual que esta obra existen otras redacciones de la Autoría de Agustín con el propósito de instruir a sus fieles sobre las verdades de fe.

2.5 "Enarrationes in Psalmos"

Su traducción castellana sería “Comentario a los salmos”. A pesar de haber escrito grandes tratados teológicos y filosóficos, una ocupación constante en el Obispo de Hipona era tratar de explicar lo más comprensiblemente posible las Sagradas Escrituras. Y era tal la fama de Agustín como predicador, que todas aquellas homilías, predicaciones o disertaciones, eran transcritas por taquígrafos durante su pronunciación, e inmediatamente puestas en circulación.

Es por ello que entre otros escritos han llegado también hasta la actualidad estas explicaciones o comentarios a los salmos que tanto han aportado a la espiritualidad cristiana durante muchos siglos.

2.6 “Confesiones”

Finalmente, las “Confesiones” es una obra que se compone de 13 libros. Fue escrita entre los años 397 y 400. Según el Papa emérito Benedicto XVI; “Son una especie de autobiografía en forma de diálogo con Dios” (Benedicto Pp XVI, 2008, p.28). No se dirá más, porque este es el libro base del presente trabajo. En el siguiente apartado se profundizará más sobre dicha obra.

2. Las Confesiones

Aun cuando contiene datos biográficos de su mismo autor, no se puede afirmar que sea una “Autobiografía” propiamente dicha. A lo mucho como diría Benedicto XVI, sería una “especie de autobiografía” en el que Agustín dialoga con Dios con el único propósito de alabarlo.

Hay muchas opiniones acerca de qué es en realidad esta obra o qué pretendió el autor al escribirla; pero qué pensaba el mismo Agustín de sus Confesiones. En el libro II de las Retractatio capítulos 6 se lee lo siguiente: “Los trece libros de mis Confesiones alaban a Dios justo y bueno, por mis males y mis bienes, y despiertan hacia Él al humano entendimiento y corazón”. Tanto al momento de escribirlas como al leerlas, la razón y el corazón de Agustín despiertan hacia Dios con el propósito de alabarlo por su propia vida, por lo bueno y lo malo.

Aunque Agustín no estaba completamente seguro de qué entendían sus lectores de esta obra, era consciente del éxito que habían tenido sus Confesiones, y de cuánto gustaba a muchos hermanos incluyéndose él mismo: “Qué entiendan los demás de ellas, no lo sé. Lo que sé es que han agradado y agradan a muchos hermanos” (San Agustín, Retractatio, II, 6).

Además el mismo autor plantea una interesante división temática: “Del libro primero al décimo tratan de mí, en los tres restantes, de las Santas Escrituras” (San Agustín, Retractatio, II, 6).

A cerca del significado del título, el Papa Benedicto XVI nos propone el siguiente análisis: Esta interesante palabra en el latín cristiano, profundizado por la tradición de los Salmos tiene dos significados; en primer lugar indica las propias debilidades, de la miseria de los pecados; y en segundo lugar significa alabanza a Dios. Es decir, ver la propia miseria a la luz de Dios se convierte en alabanza y acción de gracias, ya que Dios ama al hombre y lo acepta para transformarlo y elevarlo hacia sí mismo. (Benedicto XVI, IV Audiencia, 2008, p.28)

De acuerdo a lo expuesto a lo largo del presente capítulos se concluye lo siguiente sobre las Confesiones de San Agustín: Este gran Santo de la Iglesia fue un hombre que vivió en un contexto específico, en un tiempo y espacio concreto, en medio de acontecimientos sociopolíticos, disertaciones filosóficas y teológicas, guerras, invasiones y muerte de seres queridos. Todo esto influyó para que emprendiera el camino de buscar incansablemente a Dios, de buscar un sentido para su vida y una razón para existir.

Resultado de ello son tan extraordinarias obras que ha legado a la Iglesia y a la cultura universal. En ellas se puede encontrar no solo importantes aportaciones teológicas, filosóficas y psicológicas, sino hasta lingüísticas, gramaticales, etc. Sin embargo cabe resaltar que una de las obras más leídas son sus Confesiones; una especie de autobiografía en la cual alaba a Dios por sus males y sus bienes, ellas le mueven el corazón y la razón hacia quien es el fundamento de todo cuanto existe, Dios.

Es en sus Confesiones donde se puede ya ir vislumbrando, cómo Agustín plasma genialmente su experiencia de Dios; su búsqueda, su conversión y su incansable apostolado. Es ahí donde se puede encontrar claramente cómo experimenta la misericordia divina en su propia historia personal, en su propia “historia de salvación”.

Así pues, para tener una mejor comprensión sobre este complejo proceso, es necesario dar otro alcance general sobre la misericordia divina, este es el tema que se expondrá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

ACERCAMIENTO TEOLÓGICO A LA MISERICORDIA DIVINA

Brindar un acercamiento teológico a la misericordia divina no significa exponer grandes tratados exegéticos y/o teológicos sobre el tema. Lo que se pretende es brindar de modo muy general, una reflexión basada especialmente en los principales recursos escriturísticos sobre el tema.

Se iniciará aclarando la etimología y definición de la palabra misericordia para luego pasar al aspecto bíblico, seguidamente los principales aportes de algunos Padres de la Iglesia y finalmente la continuidad del tema en el magisterio eclesiástico de los últimos años.

2.1. Etimología y definición de la palabra Misericordia.

Según la última edición del Diccionario de la Real Academia Española, se define misericordia como una "virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenos". (Española, 2017). Es interesante que se defina la palabra misericordia como una virtud, porque esto hace referencia a una práctica buena y repetitiva que, además impulsa al alma a tener compasión por los sufrimientos y miserias, no precisamente hacia sí mismo, sino hacia el otro.

Como muchas de las palabras del castellano, la palabra misericordia proviene principalmente del latín. Es una palabra que en cualquier diccionario español-latín brinda como significado la misma palabra; o sea, Misericordia = Misericordia. Es decir, que antes de usarse en castellano, ya existía como una palabra común en latín.

Ahora bien ¿Etimológicamente qué significa la palabra Misericordia? En realidad es una palabra compuesta por dos vocablos: miser, que puede traducirse como mísero, miserable, desgraciado, infeliz, desdichado, necesitado; y cor, cordis, que se traduce por corazón. Así pues, recurriendo a la raíz de la palabra; misericordia hace referencia a sentir la miseria o necesidad del otro desde el corazón.

Y ¿Qué significa "sentir la miseria del otro desde el corazón"? Pues que el sufrimiento de alguien ajeno al mismo sujeto, es capaz de conmover, conmocionar, y hasta compadecerse. Se introduce aquí otra palabra con la que se ha relacionado mucho el término

misericordia; ésta palabra es “compasión”. Algunos diccionarios la utilizan como sinónimo de misericordia o para explicar la misma.

¿Cuál sería entonces su etimología? Compasión también es una palabra que proviene de tres términos latinos: con, convergencia, reunión; patior, padecer, sufrir; y ción, acción o efecto. Así pues, compasión designaría la acción de sufrir, padecer o sentir, no en solitario, sino con el otro. Por tanto, la palabra compasión sirve más para definir la palabra misericordia. Y no tanto para ser usada como sinónimo.

Así pues, queda claro que, para definir una palabra es necesario recurrir a su etimología. Y en este caso, la palabra misericordia no es ajena a ello. Misericordia es pues en un sentido muy general, la experiencia de conmoverse o compadecerse ante la necesidad, especialmente de otra persona ajena al mismo sujeto.

Hasta aquí se ha expuesto la definición castellana de la palabra misericordia y la etimología correspondiente de la misma. Sin embargo, no debemos olvidar un gran detalle; que los textos donde más se encuentra la palabra misericordia, son en las Sagradas Escrituras; es decir, en la revelación de Dios.

Es allí donde se utiliza con más frecuencia esta palabra. Sobre todo cuando se traducen determinados términos hebreos y griegos. Según Rossano (1988), “es necesario partir de las lenguas originales para alcanzar una comprensión exacta y completa” (p.39) de los vocablos. La palabra misericordia también necesita un profundo análisis para descubrir su verdadero significado. Es por ello que a continuación, en el siguiente punto se seguirá profundizando específicamente sobre el uso de esta palabra latina que se utilizó como traducción del hebreo y griego tanto en el Antiguo Testamento (A.T.) como en el Nuevo Testamento (N.T.).

2.2. La Misericordia en las Sagradas Escrituras.

La misericordia es un tema imperdonablemente olvidado dice Walter Kasper[2] en su obra La misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana. (Kasper, 2012, p. 19). Según este reconocido teólogo, a lo largo de los siglos, la teología no ha tomado en cuenta, o no le ha dado la importancia debida al tema de la misericordia. Sin embargo, este es el tema central de las Sagradas Escrituras (tanto en el N.T como en el A.T). Kasper subraya la misericordia

[2] El Cardenal Walter Kasper es un reconocido doctor en Teología y profesor de Dogmática. Fue obispo de la diócesis de Rottemburgo-Stuttgart desde 1989 hasta 1999. Presidente emérito del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. Fue elevado a cardenal en 2001. Con sus numerosos escritos, charlas y conferencias se ha hecho merecedor de un respeto generalizado.

como tema central de la teología[3] del siglo XXI. Pero para realizar esto, precisa, es necesario indagar de forma nueva sobre este tema tan importante en las Sagradas Escrituras.

Hay una concepción generalizada de concebir al Dios del A.T como iracundo y vengativo (efectivamente hay muchos textos que a primera vista darían fe de ello); y al Dios del nuevo testamento como misericordioso. Sin embargo, siguiendo el análisis de Kasper, se trata del mismo Dios; que en el antiguo testamento estaría como en un "proceso de progresiva transformación crítica" y en el N.T estaría como en una "evolución interna" (Kasper, 2012, p. 47). Por tanto no sería justo separar irresponsablemente esta idea de Dios misericordioso que está muy presente a lo largo de todas las Sagradas Escrituras.

2.2.1 Antiguo Testamento

Muchos autores coinciden en que el primer término hebreo del Antiguo Testamento traducido por la palabra Misericordia sería rehamin o rahamin. En plural significaría "entrañas", "vísceras" y en singular designaría "seno materno". En lenguaje semita las entrañas designan la sede de los sentimientos. Es la parte del cuerpo por la cual están unidas las personas; así como la madre está unida a su hijo o los hermanos que nacieron del mismo vientre.

El amor que brota de las entrañas es algo tan íntimo y profundo que es capaz de conmover, dolerse o afligirse frente al dolor de una de las partes unidas. El amor de la madre hacia los hijos o el amor entre hermanos se vuelve "entrañable" cuando una de las partes observa que la persona amada está sufriendo mucho. Así es el amor de Dios al ver el dolor de su pueblo; porque le ama entrañablemente se conmueve frente a su necesidad, su miseria.

Uno de los textos bíblicos del Antiguo Testamento en que se usa esta palabra es el pasaje de 1Re 3,16-28. Se narra aquí que en cierta ocasión llegaron ante el Rey salomón dos prostitutas reclamado la custodia de un niño de pocos días de nacido. Las dos mujeres vivían juntas y no traían testigos. Verdaderamente habían alumbrado un hijo cada una, pero durante la noche una de ellas –al parecer sin intención– había ahogado a su propio hijo.

Ante esta situación de no tener plena certeza de quién sería la verdadera madre del niño vivo, el Rey Salomón decidió administrar justicia de una manera muy peculiar pero sabía a la vez. Pidió que le trajeran una espada y les propuso a las dos mujeres partir al niño por la

[3] Cabe indicar que en este sentido, Teología, para Kasper sería un discurso sobre Dios que ofrece justificación racional de la fe.

mitad para que cada una se lleve una parte. Dice la Palabra de Dios que al instante; “a la mujer que era la verdadera madre del niño se le conmovieron las entrañas [rehamin] por su hijo y suplicó: Majestad, dale a ella el niño vivo, pero no lo mates. Por el contrario, la otra mujer dijo: Ni para ti ni para mí. Que lo dividan” (1Re 3,26).

Ante tales reacciones finalmente el Rey sentenció, que le dieran el niño a la mujer a quien se le habían conmovido las entrañas. En este caso, por ejemplo se usa el vocablo rehamin para expresar este amor casi instintivo de la madre hacia su hijo.

Ahora bien, otro pasaje en el que se usa este término para describir el amor entrañable, en este caso entre hermanos, es Gn 43,30. Tal vez muchos recuerden a grandes rasgos la historia de José y sus hermanos, pero es muy probable que hayan pasado muy a la ligera, que también las Sagradas Escrituras en este caso específico, describen este amor desde las entrañas que induce a José hasta las lágrimas: “A José se le conmovieron las entrañas [rehamin], por su hermano, y le vinieron ganas de llorar; y entrando rápidamente en una habitación, lloró allí”.

Otro pasaje que también usa esta expresión, es el capítulo 31 del libro del profeta Jeremías. En este caso el autor sagrado describe el alejamiento del pueblo de Isarel, pero a la vez la constante llamada de Dios para reunir nuevamente a su pueblo querido. Se usan aquí varias imágenes, pero la que nos compete ahora es la que describe el amor de Dios como el de un padre que se le conmueven las entrañas al escuchar el clamor de sus hijos: “Sí mi hijo querido Efraím, mi niño, mi encanto. Cada vez que lo reprendo me acuerdo de él, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión” (Jr 31, 20).

Como vemos, el término rehamin se usa para describir un amor casi instintivo entre consanguíneos. Es así como los autores sagrados toman el mismo término pero con ciertas variaciones para comparar el amor de Dios hacia sus hijos: “Como un padre se enternece con sus hijos, así se enternece el Señor con sus fieles”. (Sal 103,13). El amor de Dios tiene ciertas características que superarían el amor humano. Se evidencia con el siguiente término que también se traduce por la palabra Misericordia.

El segundo término es hesed. También este vocablo describe el amor entrañable, pero ahora con ciertas especificaciones. El amor de Dios no es perecedero o mutable como puede suceder con los hombres: “Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas” (Sal 25,6). El amor de Dios en el Antiguo Testamento también cuenta con la singular nota de la fidelidad. Y el hombre se confía completamente de ella. Pues le pide que no le niegue

su ternura que es fiel: “Tú, Señor, no reprimas tu ternura hacia mí, que tu amor y fidelidad me guarden siempre” (Sal 40,12).

Al usar el término hesed ya no solo se hace referencia al amor casi instintivo y de apego, sino a un amor más consciente y voluntario, por tanto más libre. Y dando un paso más los autores sagrados con este término describen el amor de Dios como “una relación de derechos y deberes, que generalmente se da por parte del superior para con el inferior” (Rossano, 1988, pg. 39). Es el caso del amor entre Oseas y Gomer que viene a ser una descripción también del amor de Dios hacia su pueblo: “Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo en justicia y en derecho, en afecto y en cariño. Me casaré contigo en fidelidad, y conocerás al Señor” (Os 2,21-22).

Así pues ante la pregunta ¿Cómo es Dios? o ¿Cómo es el amor de Dios?, según el AT. lo más parecido en la tierra como punto de comparación, sería el amor consanguíneo y el amor esponsal. Pero que en Dios este amor entrañable además es fiel y eterno. Ahora bien, siguiendo el análisis de Rossano (1988), a los dos vocablos anteriores tendríamos que añadir tres verbos más con sus respectivos derivados: haman, hamal y hus.

Haman es el amor entrañable que muestra gracia y clemencia; “Yo haré pasar ante ti toda mi riqueza y pronunciaré ante ti el nombre: Señor, porque yo me compadezco de quien quiero y favorezco a quien quiero” (Ex 33,19) le dice Yahvé a Moisés.

Hamal es un verbo que se usa para expresar el amor entrañable de Dios relacionado con el perdón; así lo expresa negativamente el profeta Jeremías: “…ni piedad, ni perdón, ni compasión me impedirán destruirlos” (Jr 31,34b).

Por último, Hus se usa para relacionar el amor entrañable con la piedad, la compasión y la conmiseración, incluso hasta sentir lástima por el otro. Así lo expresa también negativamente el profeta Isaías: “…sus arcos acribillan a los jóvenes, no perdonan a los niños, no se apiadan de las criaturas” (Is 13,18).

Evidentemente la riqueza que proporciona el AT. respecto al tema de la misericordia es muy rico y extenso. Hay aquí toda una evolutiva descripción del amor de Dios comparado primero con el amor consanguíneo filial (padres, hijos, hermanos) hasta diferenciarse con las notas de perdón, justicia, eternidad y sobre todo fidelidad. A manera de conclusión he aquí la autopresentación que hace Yahvé de sí mismo cuando pasa delante de Moisés:

“Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad” (Ex 34,6).

2.2.2 Nuevo Testamento

Una profecía se realizará en el Nuevo Testamento “Porque quiero amor, no sacrificios; conocimiento de Dios, no holocaustos” (Os6,6). Esta frase puede ser claramente el puente para pasar del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento. Ahora ya no solo se aclama la misericordia de Dios, sino que se pasa a considerar que la misericordia, el amor entrañable no solo viene de Dios, sino que todos los hijos de Dios están llamados a ser misericordiosos unos con otros: “Felices los misericordiosos, porque serán tratados con misericordia” (Mt 5,7).

En los Evangelios, el Nuevo Testamento. expone la misericordia a través de los dichos y los hechos de Jesús de Nazaret; desde Jesucristo se puede descubrir la misericordia de Dios especialmente con los más necesitados, los miserables, los pobres, los pequeños, los marginados, los pecadores: “Vayan a aprender lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificios. No vine a llamar a justos, sino a pecadores” (Mt 9,13).

Del mismo modo es posible considerar el primer capítulo del Evangelio de Lucas como una continuidad de la misericordia de Dios. Tanto María como Zacarías cantan a viva voz la misericordia de Dios para con su pueblo a través de su propia vida

Al enterarse del embarazo de Isabel, los vecinos reconocen que no se trata de cualquier favor o gesto de bondad, sino que en realidad se trata del entrañable amor de Dios, de su misericordia, es por ello que se alegran de su gracia concedida. Porque el amor entrañable de Dios se manifiesta para con los pequeños y necesitados: “Los vecinos y parientes, al enterarse de que el Señor la había tratado con tanta misericordia, se alegraron con ella” (Lc 1,58).

Zacarías, luego de que recuperara el habla tras habérsele quitado por dudar de la misericordia de Dios, alaba a su Señor a viva voz reconociendo su amor entrañable manifestado no solo en la descendencia concedida, sino en la pronta llegada del Salvador del mundo: “Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará desde lo alto un amanecer” (Lc 1,78). Es consciente también Zacarías de que el amor entrañable de Dios es eminentemente fiel y nunca se olvida de sus promesas, porque la alianza que pactó el Señor

con su pueblo es sagrada: "…teniendo misericordia con nuestros padres y recordando su santa alianza, el juramento que juró a Abraham nuestro padre" (Lc 1,72-73).

En el canto del Magníficat de María también se exalta la misericordia de Dios que alcanza a todos los que confían en el poder de Dios y se acogen plenamente a su amor: "…su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen" (Lc 1,50). María se autoproclama la esclava del Señor, porque es consciente de que el que obedece y cumple la voluntad del Padre es merecedor del amor entrañable de Dios: "Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia" (Lc 1,54). En esta misma línea, el Evangelista Lucas manifiesta que el verdadero seguidor de Cristo debe ser imagen del amor compasivo de Dios: "Sean compasivos como es compasivo el Padre de ustedes" (Lc 6,36).

En este mismo sentido, el Apóstol Pablo exhorta constantemente a las comunidades cristianas a ser coherentes con el nombre que llevan; es decir a revestirse de entrañas de misericordia (cf. Col 3,12; Flp 2,1). Porque para tener los mismos sentimientos de Cristo es necesario ser como él, obediente al Padre que es totalmente "rico en misericordia" (Ef 2,4) no para algunos, sino para todos.

Por último, siguiendo a Longton y Poswick, (2003); el evangelista Juan muestra un claro binomio entre Gracia y Verdad para complementar el sentido bíblico de la misericordia divina. Dios que es rico en misericordia se muestra con más claridad en Cristo Jesús para traernos los auxilios divinos (Gracia y Verdad). "La palabra se hizo carne" (Jn 1,14) dice el evangelista. En otras palabras, la Misericordia se encarna, el amor entrañable de Dios que es fiel y eterno se hace humano.

Hablar de amor entrañable en sentido humano ya no es solo el sentimiento casi instintivo como cuando se le conmovieron las entrañas a la verdadera madre del niño en la narración del primer libro de los Reyes. Hablar ahora del amor entrañable en sentido humano es confirmar que ese mismo amor fiel y eterno de Dios, llega a los hombres a través de la redención de Jesucristo. Que ahora el hombre también puede participar del amor fiel y eterno de Dios: "La Gracia y la Verdad nos han llegado por Jesucristo" (Jn 1, 17); Él que es el camino la verdad y la vida nos posibilita ser divinamente misericordiosos.

2.3.La Misericordia en los Padres de la Iglesia.

Respecto a la reflexión de la Palabra de Dios sobre el tema de la misericordia en los primeros años de la Iglesia, Walter Kasper dice lo siguiente: "El mensaje bíblico de la infinita

misericordia de Dios encontró, como no podía ser de otra manera, enorme eco en la teología de la primitiva Iglesia" (Kasper, 2012, p.87). En efecto, la teología de la Iglesia primitiva está muy fundamentada en las Sagradas Escrituras. Y con ella viene inseparablemente unido, el tema de la misericordia de Dios.

> Se denomina Padres de la Iglesia a aquellos Obispos, presbíteros, diáconos, monjes y hasta laicos que vivieron durante los primeros siete siglos de la era cristiana. Destacan principalmente por su ejemplo de vida y sus profundas reflexiones sobre la Palabra de Dios. Es una gran época en la que estos teólogos daban verdadero testimonio de su nombre cristiano no solo con su ejemplo de vida sino con su predicación, convirtiéndose en grandes pedagogos y catequistas de la fe. (Arguello, 2006, p. 9-19).

En esta misma línea, cabe mencionar también a los Padres apostólicos que, son aquellos escritores sagrados que tuvieron algún contacto con los apóstoles o con el mismo Jesús de Nazaret. No solo las comunidades por ellos fundadas los sentían como padres, sino que ellos mismos se consideraban padres espirituales de dichas comunidades cristianas; así se expresa el apóstol Pablo a los Corintios en su primera carta: "Pues aunque hayan tenido diez mil pedagogos en Cristo, no tienen muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, los engendré en Cristo Jesús" (1Cor 4,15).

Con todo, el tema de la misericordia divina expuesto en las sagradas escrituras y profundizado por los Padres de la Iglesia, no solo se quedó en respetables reflexiones teológicas, sino que fue llevado a la práctica con acciones concretas; es decir, tuvo consecuencias pragmáticas. En palabras del Cardenal Kasper: "en la primitiva Iglesia, el mensaje de la misericordia no se quedó en una frase sin consecuencias" (Kasper, 2012, p.87).

Constatación de dichas consecuencias se vislumbran en aquellas predicaciones exegéticas, cartas o tratados que realizaban los Padres para exhortar a sus contemporáneos a poner en práctica la misericordia divina en su propia vida cristiana. Y como no faltaba en ellos la coherencia de vida, no es atrevido pues intuir que, hacían lo que decían. A continuación se expondrán y comentarán brevemente pequeños fragmentos de algunos escritos que se conservan hasta hoy de reconocidos cristianos y sabios teólogos.

2.3.1 San Gregorio de Nisa

> Considerado doctor de la Iglesia, habría nacido hacia el año 338 ó 339 y habría muerto después del 394. El centro de su teología lo ocuparían la doctrina sobre Dios, la antropología y la teoría sobre la vida espiritual (Buchberger, 2006, p.648).

Es necesario analizar los importantes alcances que ha dejado este gran santo teólogo respecto al tema que se desarrolla en el presente trabajo.

¿Qué es la misericordia para Gregorio Niseno? A través de una reflexión acerca de las Bienaventuranzas; este gran padre de finales del siglo IV plantea una interesante definición sobre la misericordia. Para San Gregorio, “La misericordia es una disposición de espíritu que, por amor, nos une con los que sufren cualesquiera dolores o molestias” (Sierra, 1997, p.199).

Si San Gregorio afirma que la misericordia es una disposición de espíritu, no se debe por ello pensar de que esté dando una definición demasiado espiritualizada o idealizada, y mucho menos, que la esté presentando como algo que “se tiene que hacer porque sí”. San Gregorio tiene muy claro que la práctica de la misericordia tiene su raíz más profunda en el espíritu, pero que a la vez, el hombre debe esforzarse y poner todo de su parte para poder unirse por amor al que sufre.

Así pues, para S. Gregorio, la práctica de la misericordia no es algo impuesto; pero tampoco algo que el hombre pueda alcanzar con sus propias fuerzas. Es un don de Dios, una gracia, pero para alcanzarla el hombre también debe esforzarse. Es por ello que en un comentario al libro del Génesis se lee la siguiente exhortación:

> Ten entrañas de misericordia, abraza la bondad, a fin de revestirte de Cristo; porque en la medida que practicas la bondad te revistes de Cristo, y por la semejanza con Cristo te haces semejante a Dios. (Sierra, 1997, p.199).

Tener entrañas de misericordia es hacerse semejante a Cristo, es decir, semejante a Dios. Es por ello que S. Gregorio exhorta a sus oyentes a revestirse de Cristo, es decir, revestirse de entrañas de misericordia.

2.3.2 San Juan Crisóstomo

> Este gran padre y doctor de la Iglesia, habría nacido hacia el 349 ó 350 en Antioquía, y habría muerto en el 407. Fue patriarca de Constantinopla y ha dejado numerosas obras entre tratados, sermones y cartas. En todo ello también se enumeran importantes aportes sobre el tema de la Misericordia (Buchberger, 2006, p. 850).

Lo primero que aporta Crisóstomo sobre el presente tema es acerca de las consecuencias que trae practicar la misericordia; pues más que beneficiarle a la otra parte, el que la practica se beneficia a sí mismo, porque siempre se recibe más de lo que se da. Así lo expresa al

referirse a la limosna dada a los más necesitados: "… el provecho será máximo, no tanto para los pobres cuanto para nosotros mismos. Siempre recibiremos más de lo que damos" (Buchberger, 2006, p. 850).

Otra de las ideas que aporta este importante teólogo sobre el tema de la misericordia, y que va en concordancia con lo que plantea S. Gregoria de Nisa es la siguiente: Para Crisóstomo, la misericordia es una virtud que está inscrita en la propia naturaleza del hombre; no es algo impuesto o ajeno a su propio ser. Así lo expresa en Mt h. 52,5:

> "… por ley de la naturaleza misma, sentimos cierta inclinación a la compasión y misericordia (…) Y es que como Dios quería tan ardientemente que se practicara esta compasión, puso ley a la naturaleza que contribuyera en mucha parte a ello" (Sierra,1997, p. 200).

Sin embargo, esta virtud impresa en la propia naturaleza del hombre también necesita ser aprendida; y quiénes mejor que los propios padres para transmitirla a sus hijos Crisóstomo en Mt h. 52,5 menciona:

> Vayamos nosotros mismos, y llevemos también a nuestros hijos y allegados a la escuela de la misericordia, y esto es lo primero que ha de aprender el hombre, pues en esto está el ser hombre (…) El que eso no tiene [compasión] ha dejado de ser hombre. (Sierra, 1997, p. 201).

Como ya se pudo afirmar en la introducción del presente apartado, el tema de la misericordia en los Padres de la Iglesia no eran solo discursos alturados, sino por sobre todo era la práctica de la misma Palabra de Dios en la vida diaria.

Así pues, San Juan Crisóstomo en Filh hypothesis 3 insiste mucho en que la práctica de la misericordia debe ser constante en la propia vida. Porque dando testimonio de ella creerán los que no creen:

> "… nosotros hemos de poner en torno nuestro la misericordia (o limosna) para mostrar que somos hijos del Padre misericordioso (…) Pues si nosotros hacemos eso, creerán. Porque si ven que tenemos compasión de todos y llevamos el nombre de aquel Maestro, sabrán que obramos así para imitarle" (Sierra, 1997, 203).

2.3.3 San Ambrosio

> Nació en Treveris en el 337 y muere en el 397, nace en una culta familia recibiendo una nueva formación en gramática y retórica. Fue nombrado abogado imperial y gobernador romano en la sede de Milán y es allí que fue aclamado Obispo, su formación exegética tiene las bases de Filón y Orígenes; escribió muchas obras las principales sobre dogmática y moral (Patiño,2011, p.128-129).

Para san Ambrosio, la misericordia es la misma justicia; ya que socorrer al necesitado no es solo compadecerse de su miseria, sino que es en realidad, devolverle lo que le corresponde. Porque así como Cristo se compadeció de la humanidad debilitada (miserable) justificándola con su encarnación y muerte; aquel cristiano que esté en una posición superior, por justicia debe socorrer al más necesitado. Por ello, para San Ambrosio no hay ninguna contradicción entre justicia y misericordia; citando el salmo 111,9 y luego Mt 3,15, y comentando la muerte de Teodosio nos dice:

> "Distribuyó, dio a los pobres; su justicia permanece eternamente" El salmista conoció, pues, que el justo debe socorrer a los débiles y necesitados. Por lo cual el Señor, sometiéndose al bautismo, establecido para que, siendo débiles nosotros, fueran perdonados nuestros pecados, dijo a Juan: "Déjame ahora, pues conviene cumplir toda justicia" Así, pues, está claro que la justicia es la misericordia, y la misericordia, la justicia (Sierra, 1997, p.205).

Sin pretender salir demasiado del ámbito patrístico, el Cardenal Kasper hace un interesante análisis histórico teológico sobre la relación entre justicia y misericordia. Para él, la misericordia es el principal atributo de Dios. En este sentido, la justicia divina debe entenderse no en cuanto justicia retributiva, sino desde la misericordia divina; así pues, la misericordia sería la justicia de Dios:

> La determinación de la misericordia como principal atributo de dios tiene consecuencias para la determinación de la relación de la misericordia con la justicia y la omnipotencia divinas. Si se trata del principal atributo de Dios, la misericordia no puede ser un caso de la justicia divina; antes al contrario, la justicia divina ha de entenderse desde la misericordia divina. La misericordia aparece entonces como la justicia característica de Dios. (Kasper, 2012, p.93)

Resumiendo esta parte del aporte de los Padres de la Iglesia al tema de la misericordia, cabe señalar que los padres no conciben una separación entre Fe y vida; para ellos es impensable una dicotomía entre lo que se cree y cómo se vive. El seguidor de Cristo debe practicar la misericordia no porque aporte algo a Dios o a los demás, sino principalmente porque la práctica de la misericordia es fuente de salvación primero para sí mismo. Terminamos citando a un último Padre de la Iglesia, Pedro Crisólogo en el S, 8 menciona:

> Dios pide [misericordia]; pero para ti, no para sí (…) Pide la misericordia humana para concedernos la divina (…) Hermanos, por medio de la misericordia con los pobres adquirimos la misericordia, para que podamos ser libres de pena y seguros de salvación. (Sierra, 1997, p.207).

Como se nota, los Padres de la Iglesia siempre han ido en concordancia con las Sagradas Escrituras, siempre han seguido la verdadera tradición de la Iglesia desde los primeros siglos

en un contexto histórico específico. Ahora bien, en la actualidad quiénes darían la pauta para seguir el verdadero evangelio de Jesucristo. Nadie más que el verdadero magisterio eclesiástico. Es por ello que a continuación se proporcionará un pequeño alcance del aporte del Magisterio de la Iglesia respecto al tema de la misericordia a través de dos grades temas en los que confluyen los escritos de los últimos cinco pontífices: la misericordia como núcleo del evangelio y como testimonio de la Iglesia.

2.4.La Misericordia en el Magisterio de la Iglesia.

Según Wolfgang Beinert (1990), se puede definir al magisterio de la Iglesia como "la instancia a la que se ha confiado la conservación, transmisión y exposición de los contenidos de la fe" (p. 408). Esta instancia autorizada y con propia autoridad, en casos de conflicto puede imponer de manera obligatoria y libre de error la esencia del mensaje revelado.

Siguiendo el aporte de Beinert en 1990 nos menciona que los "portadores" del magisterio eclesiástico serían los siguientes:

> El Obispo individual con magisterio ordinario; la colegialidad de todos los Obispos con el Papa, con magisterio ordinario y universal; los Obispos reunidos con el Papa en Concilio Ecuménico, con magisterio extraordinario; Y finalmente el Obispo de Roma con su magisterio ordinario y extraordinario (ex cathedra). (p. 411).

Sin embargo cabe precisar que el magisterio eclesiástico en ningún momento pretende estar por encima de la Palabra de Dios revelada, sino más bien se pone al servicio de este Verbo encarnado para hacer eco de su mensaje. Así nos lo explica la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación:

> El magisterio vivo de la Iglesia no es superior a la Palabra de Dios, sino que le sirve, enseñando solo lo que ha sido transmitido, en cuanto, por divino mandato y con la asistencia del Espíritu Santo, piadosamente escuchada, santamente protege y fielmente expone esa palabra. (Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática: Dei Verbum, 18 de noviembre de 1965, n. 25).

2.4.1 La misericordia, núcleo del Evangelio.

El amor entrañable de Dios hacia la humanidad descrito en el Antiguo Testamento y su profundo deseo paternal de salvar a su creatura de una muerte inminente, alcanza una expresión muy original en lo que el Concilio Vaticano II ha denominado la "Encarnación del Verbo". Sólo así el hombre puede tener acceso al Padre en el Espíritu Santo. Así se lee en la Constitución dogmática Dei Verbum:

> Quiso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. (DV 2).

La divinización del hombre solo es posible por la humanización de Dios. Porque la misericordia divina se hizo humana. Jesús, el Cristo nos trae ese amor entrañable de Dios Padre que amó a sus hijos hasta el extremo. Sólo esa misericordia divina humanizada ahora en Jesucristo por la encarnación y su entrega en la cruz, pudo alcanzar para nosotros la vida eterna.

En esta misma línea, la paradójica "muerte de la muerte" hace posible para el hombre la vida verdadera por los méritos de la resurrección de Cristo Jesús. Este gran misterio es posible encontrarlo expresado muy poéticamente en el himno de las segundas vísperas de la tercera semana del tiempo ordinario de la Liturgia de las Horas: "Muerto le bajaban a la tumba nueva. Nunca tan adentro tuvo al sol la tierra (…) Vi los cielos nuevos y la tierra nueva. Cristo entre los vivos y la muerte muerta".

La "revelación de la misericordia es original del Evangelio" (Pablo PpVI, Discurso: Homilía, 23 de junio de 1968), afirmaba el Beato Papa Pablo VI. Pues es en esta buena nueva de la Palabra de Dios, que encontramos la clave del verdadero mensaje de Dios para sus hijos. Siguiendo esta misma línea el Papa emérito Benedicto XVI nos dice lo siguiente: "La misericordia es en realidad el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios" (Benedicto Pp. XVI, Discurso: Ángelus, 30 de marzo de 2008).

Siguiendo esta misma reflexión resultan contundentes las palabras siguientes del Papa Francisco al convocar al Jubileo de la misericordia: "Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece hallar en esa palabra su síntesis" (Francisco Pp, Bula: Misericordiae Vultus, 11 de abril de 2015, n.1-2).

2.4.2 La Iglesia, testimonio de la misericordia

Yahvé Dios, ser inmutable, eterno y Padre infinitamente misericordioso no se quedó fuera del tiempo y del espacio; porque para poder salvar a la humanidad, tuvo que entrar (en un momento específico de la historia) en el mundo, en el tiempo. Es por ello que el hombre debe gozar y agradecerle a Dios por tan bello regalo y gracia inmerecida. Así lo expresa tan bellamente el salmista: "Este es el día en que actuó el Señor, festejemos y alegrémonos en Él (…) Den gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia" (Sal 118, 24.29).

La Iglesia está llamada constantemente a vivir y dar testimonio de este día del Señor, de este tiempo de la misericordia divina. El magisterio vivo de la Iglesia especialmente en los últimos años ha sido muy consciente de ello. El Papa Francisco, hablando a los sacerdotes de su diócesis de Roma, decía el 6 de marzo de 2014: "Estamos aquí (…) para escuchar la voz del Espíritu que habla a toda la Iglesia en este tiempo nuestro, que es precisamente el tiempo de la misericordia".

El Papa Francisco decidió, guiado indudablemente por el Espíritu Santo, enfatizar en la misericordia divinamente humanizada con el "Año Santo de la Misericordia" dando continuidad al sentir de sus predecesores. El tiempo de la humanidad en cualquier época de la historia siempre ha necesitado de la misericordia divina. Siempre se han suscitado en la historia del ser humano acontecimientos deshumanizantes que han reclamado a gritos el amor entrañablemente divino. Ya lo expresaba tan bellamente el Papa San Juan XXIII en su Discurso de apertura al Concilio Vaticano II el 11 de Octubre de 1962:

> En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad (…) la Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella.

La misericordia vista como "medicina del mundo" alcanza también su expresión original en la caridad cristiana, en ese amor fraternal del que ya nos hablaba el apóstol Juan en su primera carta:

> En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. (1 Jn 4,10-11).

El amor es la misericordia de Dios que se ha encarnado en Cristo Jesús. Es por ello que la Iglesia toma su fundamento a partir de este misterio salvífico. El mundo siempre ha necesitado, necesita hoy y, siempre necesitará de esta convicción para anunciar este mensaje esencial. Así se expresó el Papa emérito Benedicto XVI en una homilía ante las reliquias de San Agustín:

> Estoy convencido, poniéndome en la línea de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de mis venerados Predecesores Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, que la humanidad contemporánea necesita este mensaje esencial, encarnado en Cristo Jesús: Dios es amor. Todo debe partir de aquí y todo aquí debe conducir: toda acción pastoral, todo tratado teológico.

Esta aproximación general al tema de la misericordia divina permite hasta ahora, exponer a grandes rasgos el recorrido bíblico-teológico que se ha ido construyendo a lo largo de la historia en la Iglesia de todos los tiempos. Sin embargo, no es de extrañar que con frecuencia se corra el riesgo de no llevar a la práctica tan profundas reflexiones.

La misericordia es la mayor expresión de amor de Dios hacia la humanidad. Esta humanidad está llamada también a ser dispensadora de este amor misericordioso. Hay muchos santos que han logrado experimentar este amor entrañablemente divino en su propia vida. Uno de ellos es el autor que se ha escogido para el desarrollo del presente trabajo; San Agustín de Hipona.

Tras haber recorrido en el primer capítulo todo el acontecimiento Agustín de Hipona y sus Confesiones, y tras proporcionar una aproximación teológica sobre la misericordia divina; en el siguiente capítulo se profundiza en la propia experiencia de la misericordia divina en San Agustín, especialmente lo que plasmó en las Confesiones.

CAPÍTULO III

LA EXPERIENCIA DE LA MISERICORDIA EN LAS *CONFESIONES* DE SAN AGUSTÍN

3.1.Experiencia

Según la Real Academia de la Lengua Española, la palabra experiencia proviene del latín experientia; y nos presenta las siguientes acepciones:

> Hecho de haber sentido, conocido o presenciado alguien algo; práctica prolongada que proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo; conocimiento de la vida adquirido por las circunstancias o situaciones vividas; y por último, circunstancia o acontecimiento vivido por una persona. (Española, 2017).

Una de las primeras conclusiones que se pueden extraer a partir de las acepciones expuestas en el párrafo anterior respecto al tema de la "experiencia", es que se trata de vivencias no de un animal, ni de una planta, o de cualquier otro ser; sino de una persona, es decir, de un ser racional dotado de inteligencia y voluntad. Y la segunda conclusión que se puede extraer es que esta experiencia tiene que ver ineludiblemente con el conocimiento; con el hecho de sentir, captar, percibir, asimilar o abstraer una realidad exterior al interior del sujeto.

Filosóficamente hay muchas teorías que han surgido a lo largo de la historia respecto al tema del conocimiento (Gnoseología); su proceso, contenido o modo de captación. Sin embargo, una definición gnoseológica muy general respecto al término "experiencia" es la siguiente: "saber que se obtiene por medio de la visión o la percepción (empírico y no teórico) como base del conocimiento" (Koch, 1990, p.284). Son aquellos datos que una persona adquiere tras una vivencia empírica, y que son la base del conocimiento.

3.1.1 Experiencia de Dios

En el párrafo anterior se ha proporcionado una definición filosófica centrada en el resultado del conocimiento, lo obtenido. Sin embargo, la historia de las religiones también aporta una definición muy interesante: Experiencia "es la toma de consciencia de la realidad de lo divino (lo numinosum)". (Koch, 1990, p.284). La persona dotada de consciencia, es decir de aquello que le hace reflexionar sobre su propia existencia y sobre el mundo que le

rodea, es también capaz de captar una realidad divina, una realidad superior, una realidad que sobrepasa sus propias capacidades.

En este mismo sentido, también se puede afirmar teológicamente y de modo muy general, que la experiencia "es la apropiación de la revelación divina como fundamento de la fe en el marco de la vida espiritual". (Koch, 1990, p.284). El hombre no es solo un ser material dotado de razón, sino que posee una realidad inmaterial que recibe el nombre de espíritu. Así pues, es este mismo espíritu, que guiado por la fe, es capaz de captar la revelación divina; es decir, experimentar a este Dios que se le ha manifestado abiertamente.

Ahondando un poco más se puede ir concluyendo que la experiencia, en sentido religioso es un contacto directo con la divinidad. Pero es un contacto que no abarca solo una parte del ser humano, sino que abarca a toda la persona con todas sus facultades: "La experiencia de Dios significa el "contacto con la realidad divina como la dimensión relacional más profunda y vasta del hombre; ese contacto se deriva de todo el mundo vital del hombre" (Neufeld, 1990, p.286).

3.1.2 Experiencia de Dios en clave agustiniana

3.1.2.1 Pecado y redención

Hay algo que deferencia al ser humano de los otros seres de la creación: el libre albedrío. El hombre tiene la capacidad de decidir y de ser consciente de esa decisión. Es en esta dinámica de cotidianas decisiones que se revive diariamente la adhesión o separación de la divinidad. Les escribe el Apóstol Pablo a los romanos: "…por un hombre entró el pecado al mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres…" (Rm 5,12). El sentido teológico de "solidaridad" (solidum), hace que de alguna forma toda la humanidad se vea inmersa en esta condición de pecado y muerte.

En De Civitate Dei, Agustín escribe: "Ninguna raza hay tan sociable por naturaleza, y tan dada a la discordia en su degradación" (XXII, 27). Desde entonces, el hombre no solo vive alejado de Dios, sino que vive alejado de sus semejantes, en discordia unos con otros. Por haber desobedecido y caer en la soberbia, la humanidad tenía una gran deuda que no se podía saldar ni con Profetas, Reyes, Jueces o con los mismos Mandamientos. Existían hombres santos, pero ninguno con la suficiente capacidad como para cancelar esta gran deuda, y así Justificar a toda la humanidad.

Es por ello que Dios mismo se hizo hombre, Él mismo (Dios) se abajó hasta la condición humana para así poder redimir al mundo. En la misma carta a los Romanos, el Apóstol Pablo dice lo siguiente: "…así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos." (Rm 5,19). Así pues Jesucristo, Señor de la vida, es el salvador del mundo, es el único hombre que haciendo pleno uso de su libertad, hizo la voluntad del Padre y rescató a la humanidad de una muerte inminente.

3.1.2.2 Fe y Razón

San Agustín es el buscador de la Verdad; por tanto, el buscador de esta experiencia de Dios que le lleva a captar con gozo la misericordia divina. Para el gran Obispo de Hipona, para lograr esto se necesita de dos facultades importantes: la Fe y la Razón.

Desde niño Agustín había asimilado la fe católica brindada por su madre Mónica. Sin embargo, llegada la adolescencia, fue abandonando esta fe porque no encontraba cierta racionalidad. No aceptaba una religión que no se sustente en la razón y la verdad. El deseo de encontrar la verdad desde su raíz lo llevó a alejarse de la fe católica. Sin embargo tampoco se contentaba con propuestas filosóficas que no llegaran a la verdad, es decir hasta Dios, a este Dios capaz de entrar en la vida, en su propia vida.

Así pues, el itinerario intelecto-espiritual de Agustín se basa en dos dimensiones: Fe y Razón. Según Agustín, ambas deben ir unidas y nunca contraponerse porque son "las fuerzas que nos llevan a conocer" (San Agustín, Contra Académicos, III, 20, 43). La fe abre el camino para cruzar la puerta y llegar a la verdad, pero paralelamente también la Razón "racionaliza" (valga la redundancia) la verdad para que el hombre se encuenre con Dios y crea: "Crede ut intelligas, intellige ut credas" (Sermón, 43, 9).

La conjunción armónica entre fe y razón permiten que el hombre experimente que Dios no está lejos; que está cerca de su razón, cerca de su corazón y de su vida para darle un sentido a su existencia. Todo ello si se pone en camino de búsqueda. Porque así como Dios está cerca del hombre, el hombre también es capaz de Dios (Capax Dei). Esta cercanía de Dios con la plena certeza de su presencia sanadora la experimentó intensamente Agustín: "¿Por qué te apoyas en ti mismo si careces de estabilidad? Arrójate en Él. No temas, que no se retirará para que caigas. Arrójate seguro, que Él te acogerá y te sanará" (San Agustín, Confesiones, VIII, 11, 27).

¿Qué tan cerca está Dios? Su presencia en el hombre es profunda y a la vez misteriosa[4], pero no por ello inalcanzable. Porque es en la propia intimidad donde se le puede reconocer y descubrir. No es necesario salir fuera dice Agustín. El hombre debe volver sobre sí mismo porque allí habita la verdad, y trascender su naturaleza mutable sin dejar de guiarse por la luz de la razón.

> Vuélvete sobre ti mismo. La verdad habita en el hombre interior. Y si encuentras que su naturaleza es mutable, trasciéndete a ti mismo. Pero recuerda al hacerlo así que trasciendes un alma que razona. Así pues, dirígete allí donde se enciende la luz misma de la razón" (San Agustín, De vera religione 39,72).

Por tanto, la lejanía que el hombre pueda experimentar de Dios, es en realidad una lejanía de sí mismo. Porque aun cuando Dios habita en el hombre interior; es el mismo hombre el que arbitrariamente puede colocarse fuera de Él. Esta idea la ha dejado plasmada tan preciosamente Agustín con la siguiente frase:

> Fui descendiendo hasta las profundidades del abismo (…) todo por buscarte no con la inteligencia (…), sino con los sentidos de la carne, porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío" (San Agustín, Confesiones III, 6,11)

Como afirmaría el papa Benedicto XVI, "precisamente porque Agustín vivió en primera persona este itinerario intelectual y espiritual, supo presentarlo en sus obras con tanta cercanía, profundidad y sabiduría" (Benedicto Pp XVI, 2008, p. 23). El hombre no experimenta a Dios porque se aleja de sí mismo. Solo puede experimentar a Dios si se encuentra consigo mismo. Es ahí donde puede encontrar su verdadera identidad y la razón de su existencia. Sólo ahí puede encontrar la experiencia de la misericordia.

Jesucristo es el camino, la verdad y la vida para llegar al Padre (Jn 14,6). No para un solo pueblo, sino para toda la humanidad: "He aquí el camino universal del cual se profetizó tanto tiempo antes (…) Este camino no es de un solo pueblo, sino de todos los pueblos" (San Agustín, De Civitate Dei, X, 32,2). Él es el único mediador entre Dios y los hombres. "Este camino purifica a todo hombre, y de todas las partes de que nos consta prepara al mortal para la inmortalidad" (San Agustín, De Civitate Dei, X, 32,2).

Cristo es la cabeza que místicamente se mantiene unida a la Iglesia que es su cuerpo. En esto consiste la salvación del género humano, que de la mortalidad pasa a la inmortalidad tras unirse completamente con Cristo. Configurarse con el rostro trasfigurado de Cristo es hacerse uno con Él y con los demás miembros del cuerpo: "Nos hemos convertido en Cristo.

[4] Ha de entenderse aquí la palabra misterio no como algo oculto o inexistente, sino como una realidad desbordante o inabarcable. Pero no por ello incognoscible.

De hecho, si él es la cabeza, nosotros somos sus miembros, el hombre total es él y nosotros" (In Iohannis evangelium tractatus, 21,8).

Así pues, siguiendo esta visión agustiniana, la Iglesia como pueblo de Dios está íntimamente ligada al concepto de Cuerpo de Cristo, y se fundamenta tanto en la relectura cristológica del Antiguo Testamento como en la vida sacramental. Por tanto, el hombre que busca a Cristo que es la verdad, tras encontrarlo debe permanecer unido a Él, su cabeza.

Tras una ardua búsqueda y ayudado por la Fe y la Razón, Agustín se encontró con la Verdad que es Cristo Jesús; o mejor dicho, Ella lo encontró a él. Esta es la experiencia de búsqueda, conversión y encuentro con la misericordia divina que vivió San Agustín. Se encontró consigo mismo y en él con Jesús (de persona a persona). Sin embargo, este es un proceso que se desarrolló a lo largo de su vida. Agustín ya convertido trata de hacer memoria y alabar a Dios por sus males y sus bienes en las Confesiones. Plasma ahí su experiencia de Dios que se expondrá a continuación.

3.2.La experiencia de la misericordia en las Confesiones

Sintetizando ya los principales temas que se han expuesto líneas arriba; sobre Agustín, las mismas Confesiones, la misericordia divina y la experiencia de Dios, se puede afirmar lo siguiente: Las Confesiones son una alabanza a Dios puesta por escrito por un hombre que experimentó profundamente la Misericordia de Dios, el amor divino hecho humano. La obra narra significativos datos biográficos y está cargada de la Palabra de Dios. A continuación se expondrá la experiencia de la Misericordia divina en algunos acontecimientos de la vida de Agustín, narrados por él mismo en sus Confesiones.

3.2.1.Libro Primero: Infancia y niñez (Desde 1 a 15 años)

Agustín empieza su invocación de alabanza reconociendo la grandeza de Dios, aceptando su propia pequeñez y justificando su búsqueda; el hombre ha sido creado por Dios y hacia Él debe volver:

> "Grande eres Señor y muy digno de alabanza (…) se atreve a alabarte un hombre, parte insignificante de tu creación (…) porque nos has creado orientados hacia Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti" (San Agustín, Confesiones I, 1,1).

Agustín reconoce que, aunque nunca pueda llegar a describir con su lenguaje limitado la grandeza y perfección de lo que es Dios; el hombre está llamado a confesar la grandeza de su creador, porque el no hacerlo sería charlatanería. Se presenta aquí una palabra en

superlativo que describe el atributo de interés para el presente trabajo: Dios es Misericordiosísimo.

> ¿Qué es entonces mi Dios? (…) Sumo, óptimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo; secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e incomprensible, inmutable, mudando todas las cosas; nunca nuevo y nunca viejo (…) ¿Y qué es cuanto hemos dicho, Dios mío, vida mía, dulzura mía santa, o qué es lo que puede decir alguien cuando habla de ti? Al contrario, ¡ay de los que te silencian, porque no son más que mudos charlatanes! (San Agustín, Confesiones I, 4,4).

Solo invocando la misericordia divina, el hombre podría decir algo acerca de Dios y podría reconocer que solo de Él viene la salvación: "¿Qué es lo que eres para mí? Apiádate de mí para que te lo pueda decir (…) Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. Di a mi alma: Yo soy tu salud" (Confesiones I, 5,5). Con todo Agustín apela a la misericordia divina siendo consciente de que no se dirige a otro ser mutable como él: "…permíteme que hable en presencia de tu misericordia, yo, tierra y ceniza; permíteme que hable, porque es a tu misericordia, no al hombre, mi burlador, a quien hablo." (Confesiones I, 6,7).

Ya reconociendo las contrariedades de la vida, Agustín reconoce la misericordia de Dios agradeciéndole por su providencia. Porque a pesar de los suplicios y dificultades que atravesó, Dios estaba ahí: "…ignoro de dónde he venido yo a este mundo, a ésta, que no sé si llamar vida mortal o muerte vital (…) Lo que sí sé, es que tuve una buena acogida" (San Agustín, Confesiones I, 6,7).

Rememorando los cuidados de su infancia, y sin desmerecer la santidad de Mónica, Agustín reconoce inclusive que, la leche que le proporcionaron su madre y su nodriza, en el fondo eran cuidados de Dios, porque todos los bienes provienen de Él, que es infinitamente misericordioso: "Eras Tú quien, por medio de ellas, proporcionabas el alimento a mi niñez de acuerdo con los designios de tu providencia (…) Todos los bienes vienen de Ti, Dios mío, y de mi Dios depende toda mi salud" (San Agustín, Confesiones I, 6,7).

Recordando sus primeras experiencias en la escuela, Agustín reconoce que gracias a haber observado a otras personas invocando a Dios, él también va formando su propia idea y le invoca con sincero corazón para que no lo castiguen sus profesores:

> ...dimos por fortuna con hombres que te invocaban, Señor, y aprendimos de ellos a sentirte, en cuanto podíamos, como un Ser grande que podía, aun no apareciendo a los sentidos, escucharnos y venir en nuestra ayuda. De ahí que, siendo aún niño, comencé a invocarte como a mi refugio y

> amparo, y en tu vocación rompí los nudos de mi lengua y, aunque pequeño, te rogaba ya con no pequeño afecto que no me azotasen en la escuela. (San Agustín, Confesiones I, 9,14).

Agustín enferma gravemente y solicita el Bautismo con sinceridad de corazón. Sin embargo, éste es postergado cuando empezó a mejorar. Aunque Agustín manifiesta cierto lamento por no haber recibido tal sacramento en ese entonces, ya desde ahí reconoce la presencia misericordiosa de Dios:

> Tú viste también, Dios mío (…) con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor (…) cuando he aquí que de repente comencé a mejorar. Y se difirió, en vista de ello, mi purificación, juzgando que sería imposible que, si vivía, no me volviese a manchar y que el reato de los delitos cometidos después del bautismo es mucho mayor y más peligroso. (San Agustín, Confesiones I, 11, 17).

Agustín recuerda sus primeros años de estudio y cómo era obligado a aprender las lecciones que no le gustaban. Aunque tal vez el método no era el adecuado, reconoce que gracias a esa obligación, algo aprendió. Con todo, es consciente de la necesidad de tales experiencias, porque más allá de que si fueron malas o buenas, lo importante es que Dios siempre estuvo ahí: "…no gustaba yo de las letras y odiaba el que me urgiesen a estudiarlas. Con todo, era urgido y me hacían gran bien (…) Mas tú, Señor (…), usabas del error de todos los que me apremiaban a estudiar para mi utilidad" (San Agustín, Confesiones I, 12,19)

Finalmente Agustín reconoce que todo lo que ha aprendido a lo largo de su vida, incluso lo de su niñez, por gracia de Dios, debe ser puesto al servicio de los demás confesando la eterna misericordia de su Dios: "Oye, Señor, mi oración, a fin de que no desfallezca mi alma bajo tu disciplina ni me canse en confesar tus misericordias (…) ceda en tu servicio cuanto útil aprendí de niño y para tu servicio sea cuanto hablo, escribo, leo y cuento" (San Agustín, Confesiones I, 15,24).

3.2.2.Libro Segundo: Adolescencia (16 años)

Agustín inicia este libro aclarando que se dispone a recordar sus pecados de la adolescencia no porque le guste hacerlo, sino para alabar al Dios que se opone a ellos: "Quiero recordar mis pasadas fealdades y las carnales inmundicias de mi alma, no porque las ame, sino por amarte a ti, Dios mío" (San Agustín, Confesiones II, 1,1).

Como en cualquier etapa de la vida, el adolescente peca por tratar de agradarse a sí mismo y a los demás, más en ningún momento para agradar a Dios:

> "…hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y osé ensilvecerme con varios y sombríos amores (…) y me volví podredumbre ante tus ojos por agradarme a mí y desear agradar a los ojos de los hombres" (San Agustín, Confesiones II, 1,1).

Dios no quería que Agustín se alejara del camino recto, pero sí lo permitía; porque es tan poderosa su misericordia que, mientras el hombre más se aleja, Él está más cerca: "…me iba alejando cada vez más de ti, y tú lo consentías (…) [porque] no está lejos de nosotros tu omnipotencia, aun cuando nosotros estemos lejos de ti. (San Agustín, Confesiones II, 1,2-3)

Paradójicamente los goces ilícitos de Agustín, lejos de propiciarle satisfacción, le procuraban amargas contrariedades; para que cuando encontrase el goce verdadero, ya nunca se aleje de él:

> "Porque tú siempre estabas a mi lado, ensañándote misericordiosamente conmigo y rociando con amarguísimas contrariedades todos mis goces ilícitos para que buscara así el gozo sin pesadumbre y, cuando yo lo hallara, en modo alguno fuese fuera de ti" (San Agustín, Confesiones II, 2, 4).

Es muy comentada la experiencia del robo de las peras en compañía de sus amigos que narra Agustín a esta edad. Deja claro que no era por necesidad; porque ello lo tenía él en abundancia en su casa. Tampoco era por el deseo de disfrutar la fruta, sino por deleitarse en el mismo hurto. Todo lo hizo por voluntad propia: "yo quise cometer un hurto y lo cometí (…) Ni era el gozar de aquello lo que yo apetecía en el hurto, sino el mismo hurto y pecado" (San Agustín, Confesiones II, 4, 9).

Con todo, Agustín es consciente de que aún en esos momentos de pecado, la misericordia de Dios no se alejaba de él: "He aquí, Señor, mi corazón; he aquí mi corazón, del cual tuviste misericordia cuando estaba en lo profundo del abismo. (San Agustín, Confesiones II, 4, 9). Es por ello que aun cuando tiemble su alma al recordar estas experiencias, él ya se siente perdonado por Dios y con la libertad verdadera para confesar la infinita misericordia de Dios que borra todos sus pecados:

> ¿Qué daré en retorno al Señor por poder recordar mi memoria todas estas cosas sin que tiemble ya mi alma por ellas? Te amaré, Señor, y te daré gracias y confesaré tu nombre por haberme perdonado tantas y tan nefandas acciones mías. A tu gracia y misericordia debo que hayas deshecho mis pecados (…) Confieso que todos me han sido ya perdonados, así los cometidos voluntariamente como los que dejé de hacer por tu favor. (San Agustín, Confesiones II, 7, 15).

3.2.3.Libro Tercero: Estudiante en Cartago (De 17 a 19 años)

Para Agustín, la sexualidad es una de las experiencias más sublimes que puede llegarse a disfrutar si se evita el desorden en ellas. Sin embargo, es a esta edad y en esta ciudad donde muchas veces subyugó las verdaderas amistades cediendo a la lujuria:

> Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí (…) De este modo manchaba la vena de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y obscurecía su candor con los vapores tartáreos de la lujuria. (San Agustín, Confesiones III, 1, 1).

Pero a pesar de ello de todos los desórdenes, engaños, y lujurias; Agustín reconoce que la misericordia eterna y fiel de Dios no le abandonó nunca; sino que más bien lo corregía sigilosamente con los azotes de insatisfacción:

> Entre tanto, tu misericordia fiel circunvolaba sobre mí a lo lejos. Mas ¡en cuántas iniquidades no me consumí, Dios mío, llevado de cierta curiosidad sacrílega, que, apartándome de ti, me conducía a los más bajos, desleales y engañosos obsequios a los demonios, a quienes sacrificaba mis malas obras, siendo en todas castigado con duro azote por ti! (San Agustín, Confesiones III, 3,5).

De acuerdo al programa de estudios que seguía Agustín, llegó a sus manos un libro de Cicerón llamado Hortensio. Desde entonces sintió Agustín un profundo deseo por alcanzar la sabiduría que en el fondo, aunque aún no estaba consciente de ello, era Dios mismo: "Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros" (San Agustín, Confesiones III, 4,7).

Tras esta experiencia de desear la sabiduría Agustín se procura un primer encuentro con las Sagradas Escrituras, que como hemos comentado en el capítulo anterior, no pudo asimilar por falta de humildad. Describe el autor esta experiencia con las siguientes palabras:

> …decidí aplicar mi ánimo a las Santas Escrituras y ver qué tal eran. Mas he aquí que veo una cosa no hecha para los soberbios (…) Algo que de entrada es humilde pero en su interior sublime y velada de misterios (…) Mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior (…) eran tales que habían de crecer con los pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande. (San Agustín, Confesiones III, 5,9).

También narra aquí Agustín algo de lo que ya antes se ha hecho referencia; su experiencia con la secta de los maniqueos. Reconoce Agustín que aunque hablaban mucho de Jesucristo y del Espíritu Santo, solo era superficialmente porque el resto de su doctrina era pura falsedad y charlatanería:

> …vine a dar con unos hombres que deliraban soberbiamente, carnales y habladores en demasía, en cuya boca hay lazos diabólicos y una liga viscosa hecha con las sílabas de tu nombre, del de nuestro Señor Jesucristo y del de nuestro Paráclito y Consolador, el Espíritu Santo (…) Estos nombres no se apartaban de sus bocas, pero sólo en el sonido y ruido de la boca, pues en lo demás su corazón estaba vacío de toda verdad. (San Agustín, Confesiones III, 6, 10).

Pero Dios manifestó su misericordia concediendo su esperanza a Mónica con aquel peculiar sueño que tanto llamó la atención de Agustín. En aquel sueño, ella visualizó a un ángel que le consoló diciéndole que donde estaba ella también estaría su hijo. Dios permitía que Agustín siguiera en la secta; pero en medio de todo, no dejaba de oír las súplicas y el llanto de Mónica, que no dejaba de orar por su hijo. Así lo explica Agustín:

> Entretanto, aquella piadosa viuda, casta y sobria como las que tú amas, ya un poco más alegre con la esperanza que tenía, pero no menos solícita en sus lágrimas y gemidos, no cesaba de llorar por mí en tu presencia en todas las horas de sus oraciones, las cuales no obstante ser aceptadas por ti, me dejabas, sin embargo, que me revolcara y fuera envuelto por aquella oscuridad (San Agustín, Confesiones III, 11, 20).

3.2.4.Libro Cuarto: Profesor de Retórica (De 15 a 28 años)

Dos experiencias trascendentales expone en este libro Agustín: la muerte de un amigo íntimo y la convivencia en matrimonio ilegítimo con una mujer. Sin embargo, inicia la presentación de estos nueve años, expresando que no le importan las burlas de los demás, pues solo quiere alabar a Dios aún en sus torpezas pasadas, porque solo el que ya se ha postrado ante Dios es capaz de confesar libremente las grandezas del Señor:

> Ríanse de mí los arrogantes, y que aún no han sido postrados y abatidos saludablemente por ti, Dios mío; mas yo, por el contrario, confiese delante de ti mis torpezas en alabanza tuya. Permíteme, te suplico, y concédeme recorrer al presente con la memoria los pasados vericuetos de mi error (San Agustín, Confesiones IV, 1,1)

Es interesante como rememorando sus vivencias, Agustín reconoce que una unión marital ilegítima es nociva cuando no es pactada legalmente y planificada: "…hube de experimentar por mí mismo la distancia que hay entre el amor conyugal pactado (…) y el amor lascivo, en el que la prole nace contra el deseo de los padres, bien que, una vez nacida, les obligue a quererla" (San Agustín, Confesiones IV, 2,2)

Agustín siempre fue un hombre que gustó mucho de la amistad; había forjado por aquellos años un amigo al que amaba mucho, sin embargo tras la experiencia de su muerte, Agustín se da cuenta que al parecer no era una verdadera amistad, porque aún no tenía la caridad que solo puede dispensar la eterna misericordia que se hace humana: "…no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones" (San Agustín, Confesiones IV,4,7).

Agustín se pregunta por qué el alma sufre tanto cuando pierde algún ser querido. Pues tal vez porque aún no ama las cosas temporales en el que es eterno, porque tal vez ama las cosas creadas olvidándose de su creador. Porque tal vez el alma sigue miserablemente prisionera y aún no experimenta la misericordia de Dios: "Era yo miserable, como lo es toda alma prisionera del amor de las cosas temporales, que se siente despedazar cuando las pierde, sintiendo entonces su miseria, por la que es miserable aun antes de que las pierda" (San Agustín, Confesiones IV, 6,11).

> He aquí mi corazón, Dios mío; helo aquí por dentro. Ve, porque tengo presente, esperanza mía, que tú eres quien me limpia de la inmundicia de tales afectos, atrayendo hacia ti mis ojos y librando mis pies de los lazos que me aprisionaban (San Agustín, Confesiones IV 6,11).

Con estas palabras confiesa abiertamente Agustín que solo Dios es capaz de limpiar el corazón del hombre y liberarlo para que sea feliz. Reconoce sin vergüenza su debilidad, confiesa abiertamente la misericordia divina y no se cansa de invocarla, así como no se cansó de permanecer en la miseria por mucho tiempo:

> …así era yo; ni me avergüenzo ahora, Dios mío, de confesar tus misericordias para conmigo y de invocarte, ya que no me avergoncé entonces de profesar ante los hombres mis blasfemias y ladrar contra ti" (San Agustín, Confesiones IV, 16,31).

3.2.5.Libro Quinto: Deja la secta de los maniqueos (29 años)

Agustín escucha a Ambrosio, abandona a los maniqueos y se hace catecúmeno de la Iglesia católica. Ya hemos hecho referencia en el primer capítulo a estas experiencias tan trascendentales para la vida de Agustín. Sólo citaremos lo que en realidad Agustín intuía en las palabras de Ambrosio y no en las de Fausto: la Salud. Sin darse cuenta, pero gracias a la eterna misericordia de Dios, poco a poco se iba acercando a su verdadera medicina:

> …mientras Fausto erraba por entre las fábulas maniqueas, éste enseñaba saludablemente la salud eterna. Porque lejos de los pecadores anda la salud, y yo lo era entonces. Sin embargo, a ella me acercaba insensiblemente y sin saberlo (San Agustín, Confesiones V,13,23).

3.2.6.Libro Sexto: Agustín catecúmeno (De 30 a 32 años)

Con gran dolor Agustín se vio obligado a terminar con esta relación ilegítima con aquella mujer de quien tenía un hijo llamado Adeodato (como ya se mencionó en el primer capítulo y en líneas arriba). Ella se mudó a África e hizo voto de no tener ninguna relación más. Sin embargo Agustín, no queriendo esperar dos años para contraer un matrimonio legítimo, se

consiguió otra compañera también en situación ilegal, porque según él mismo narra en las Confesiones: "…no era yo amante del matrimonio, sino esclavo de la sensualidad (…) Pero yo, desgraciado, incapaz de imitar a esta mujer, me procuré otra mujer, no ciertamente en calidad de esposa" (San Agustín, Confesiones VI,15,25).

Y como para dar testimonio de la misericordia divina, nuevamente Agustín reconoce su miseria y alaba a Dios por mantenerse cerca para salvarlo, aunque él mismo, en ese entonces, no se daba cuenta:

> A ti sea la alabanza, a ti la gloria, ¡oh fuente de las misericordias! Yo me hacía cada vez más miserable y tú te acercabas más a mí. Ya estaba presente tu diestra para arrancarme del cieno de mis vicios y lavarme, y yo no lo sabía. (San Agustín, Confesiones VI,16,26).

3.2.7.Libro Séptimo: Acercándose a Dios (De 31 a 32 años)

Como ya se ha indicado antes, la lectura del Hortensio causó en Agustín un gran deseo por la sabiduría, que en el fondo es un gran deseo de Dios. En este libro aparecen profundas interrogantes, respuestas y reflexiones acerca de la naturaleza de Dios; o al menos, la percepción evolutiva de Dios que se iba formando Agustín. Uno de los grandes temas y a la vez una profunda interrogante en el pensamiento agustiniano siempre fue el origen del mal. Sin embargo reconoce que hasta el modo de buscarlo estaba mal: "Buscaba yo el origen del mal, pero lo buscaba mal, y ni aun veía el mal que había en el mismo modo de buscarle" (San Agustín, Confesiones VII, 5,7).

Con todo, Agustín reconoce la presencia de Dios incluso en esos momentos en que lanzaba gemidos de búsqueda, confusión y desconcierto: "Allí estaban tus oídos y yo no lo sabía. Y como en silencio te buscara yo fuertemente, grandes eran las voces que elevaban hacia tu misericordia las tácitas contriciones de mi alma" (San Agustín, Confesiones VII, 7,11).

Agustín también reconoce que todas estas incertidumbres tormentosas no eran precisamente por las dudas o preguntas existenciales en sí; sino que, en el fondo, la razón de su padecimiento, la razón de su miseria, era porque estaba alejado de la misericordia. Nos ofrece aquí Agustín una interesante imagen sobre las consecuencias de la soberbia; es como cuando un rostro está tremendamente hinchado; impide que los ojos vean con claridad: "Estas cosas habían crecido en mí a causa de mi llaga [soberbia] (…) y me hallaba separado

de ti por mi hinchazón, y mi rostro, hinchado en extremo, no dejaba a mis ojos ver". (San Agustín, Confesiones VII, 7,11).

También se acercó Agustín a los escritos neoplatónicos que aunque no le satisfacían por completo, reconoce que lo impulsaban a seguir buscando la verdad: "Y alertado por aquellos escritos que me intimaban a retornar a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y lo pude hacer porque tú te hiciste mi ayuda" (San Agustín, Confesiones VII, 10,16). La verdadera luz va iluminando a Agustín para mostrarle desde su interior cuán alejado andaba de Dios. Cerramos este apartado con estas palabras de Agustín a modo de oración:

> ¡Oh eterna Verdad, y verdadera Caridad, y amada Eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí; y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza. (San Agustín, Confesiones VII, 10,16).

3.2.8.Libro Octavo: La conversión (32 años)

Para muchos agustinólogos, el libro octavo es el corazón de las Confesiones; en él se narra el conocido acontecimiento de la crisis de Agustín en el jardín junto a su fiel amigo Alipio, el encuentro de Agustín con las Sagradas Escrituras y por fin la decisión de convertirse totalmente a Dios pidiendo el bautismo. Todo esto ocurrió en medio de una gran crisis personal. Agustín sentía aprisionada su voluntad por cadenas que él mismo había forjado. Así describe esta interesante crisis interna que también se manifestaba en ademanes corporales:

> Me retiré, pues, al huerto, y Alipio, siguió mis pasos; y aunque él estuviese presente, no me encontraba yo menos solo (…) Por último, durante las angustias de la indecisión, hice muchísimas cosas con el cuerpo, cuales a veces quieren hacer los hombres y no pueden, bien por no tener miembros para hacerlas, bien por tenerlos atados, bien por tenerlos lánguidos por la debilidad o bien impedidos de cualquier otro modo. Si mesé los cabellos, si golpeé la frente, si, entrelazados los dedos, oprimí las rodillas, lo hice porque quise; pero pude quererlo y no hacerlo si la movilidad de los miembros no me hubiera obedecido. Luego hice muchas cosas en las que no era lo mismo querer que poder (…) Con todo, no obraba, y más fácilmente obedecía el cuerpo al más tenue mandato del alma de que moviese a voluntad sus miembros, que no el alma a sí misma para realizar su voluntad grande en sola la voluntad (San Agustín Confesiones VIII, 8,19-20).

La conversión definitiva a Dios de Agustín suele centrarse en este bello relato de encuentro personal con la Palabra de Dios, especialmente con la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos. Sin embargo como veremos más adelante, la conversión de Agustín y de todo cristiano es un proceso que dura toda la vida. Para no alterar tan bella narración de

encuentro con Dios, a continuación citaremos textualmente extractos de esta experiencia de misericordia que tan apasionadamente nos ha descrito Agustín:

> …tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable. Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como éstas: ¡Y tú, Señor, hasta cuándo! ¡Hasta cuándo, Señor, has de estar irritado! No te acuerdes más de nuestras maldades pasadas. Me sentía aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: "¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana! (cras et cras)? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas ahora mismo? (San Agustín Confesiones VIII, 12,28).

> Decía estas cosas y lloraba con muy dolorosa contrición de mi corazón. Pero he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: "Toma y lee, toma y lee" (tolle lege, tolle lege). De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños acostumbrasen a cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo donde topase (San Agustín, Confesiones VIII, 12,29).

> Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, que decía: No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos [Rm 13,13]. No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas (San Agustín, Confesiones VIII, 12,29).

> Entonces, registrando el códice con el dedo o con no sé qué otra señal, lo cerré, y con rostro ya tranquilo conté a Alipio lo sucedido, quien a su vez me indicó lo que estaba pasando por él, y que yo ignoraba. Pidió ver lo que había leído; se lo mostré, y puso atención en lo que seguía a aquello que yo había leído y yo no conocía. Seguía así: Recibid al débil en la fe, lo cual se aplicó él a sí mismo y me lo comunicó. Y fortificado con tal admonición y sin ninguna turbulenta vacilación, se abrazó con aquella determinación y santo propósito, tan conforme con sus costumbres, en las que ya de antiguo distaba ventajosamente tanto de mí. (San Agustín, Confesiones VIII, 12,30).

> Después entramos a ver a mi madre, indicándoselo, y se llenó de gozo; le contamos el modo como había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti, que eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos, porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con sollozos y lágrimas piadosas. (San Agustín, Confesiones VIII, 12,30).

> Porque de tal modo me convertiste a ti que ya no apetecía esposa ni abrigaba esperanza alguna de este mundo, estando ya en aquella regla de fe sobre la que hacía tantos años me habías mostrado a mi madre. Y así convertiste su llanto en gozo, mucho más fecundo de lo que ella había apetecido y mucho más caro y casto que el que podía esperar de los nietos que le diera mi carne. (San Agustín, Confesiones VIII, 12,30).

3.2.9.Libro Noveno: El bautismo. Muerte de Mónica (33 años)

Tras haber asistido fielmente durante la cuaresma a la catequesis para el bautismo, Agustín fue bautizado por el Santo Obispo Ambrosio, de quien había escuchado tan bellas

prédicas. Su bautismo aconteció la noche del 24 al 25 de abril del 387. Su inseparable amigo Alipio y su hijo Adeodato también recibieron el bautismo en aquella noche.

Recibido el bautismo todo se fue clarificando y vivieron días de gran gozo por tal gracia concedida. Agustín no se cansaba de agradecer a Dios por aquella noche tan dichosa en la que brotaron lágrimas de sus ojos, pero ya no de incertidumbre, sino de alabanza agradecida:

> ¡Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas, y me iba bien con ellas (San Agustín, Confesiones IX, 6,14).

Antes de la muerte de Mónica, Agustín vivió una hermosa experiencia espiritual con su madre que muchos llaman el "Éxtasis de Ostia". Reconoce aquí Agustín la providencia divina para que ambos se encontraran solos en aquel momento y percibieran un destello de la felicidad eterna que solo se puede disfrutar en la eternidad. Estas son las palabras de Agustín:

> Estando ya inminente el día en que había de salir de esta vida (…) sucedió a lo que yo creo, disponiéndolo tú por tus modos ocultos, que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una ventana, desde donde se contemplaba un huerto o jardín (…) Allí solos conversábamos dulcísimamente. (San Agustín, Confesiones IX, 10,23).

> Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente, en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, allí donde la vida es Sabiduría, por quien todas las cosas existen, así las ya creadas como las que han de ser, sin que ella lo sea por nadie; siendo ahora como fue antes y como será siempre, o más bien, sin que haya en ella pasado ni futuro, sino solo presente, por ser eterna, ya que lo que ha sido o será no es eterno (…) Y mientras estamos hablando y suspirando por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón. (San Agustín, Confesiones IX, 10,24).

Sin embargo, unos días después de tan excelsa experiencia espiritual entre madre e hijo, Mónica cayó gravemente enferma. Y al noveno día de padecimiento murió. Tenía 55 años de edad y Agustín 32. La tristeza y decaimiento que sintió Agustín fueron estremecedoras. Era grande el amor que le había manifestado Mónica a su hijo, pero no menor el que Agustín sentía hacia su madre. Abiertamente confiesa Agustín en estas páginas que lloró una hora consecutiva a su madre que paradójicamente había llorado por él varios años para verlo convertido al cristianismo:

> Y ahora, Señor, te lo confieso en estas líneas: léalas quienquiera e interprételas como quisiere; y no se burle de mí, si hallare pecado en haber llorado yo a mi madre la exigua parte de una hora, a mi madre recién muerta entonces ante mis ojos, ella, que me había llorado tantos años para que

> yo viviese para los tuyos; antes bien, si es mucha su caridad, llore por mis pecados delante de ti, Padre de todos los hermanos de tu Cristo (San Agustín, Confesiones IX, 12,33).

3.2.10. Libro Décimo: La verdadera caridad trasciende los sentidos corporales

Agustín se siente ya perdonado por Dios y goza de los destellos de felicidad que solo se pueden alcanzar con el corazón convertido a Dios y permaneciendo en los sacramentos. Es consciente de que a muchos les pasa lo mismo que a él cuando lee sus Confesiones; anima al corazón afligido para que siga buscando el amor entrañable de Dios, reconociendo antes la propia debilidad ante tan grande poder:

> …las confesiones de mis males pretéritos —que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento—, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad. (San Agustín, Confesiones X, 3,4).

Agustín va finalizando este libro décimo con una bella oración hacia quien es antiguo y nuevo a la vez, que está dentro del hombre, aunque él esté fuera; aquel que es capaz de satisfacer todas las necesidades trascendiendo los sentidos corporales:

> ¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz (San Agustín Confesiones X, 27,38).

Como enfermo y miserable se pone Agustín delante de su creador. Porque sabe que solo Él es capaz de sanarlo de su enfermedad, porque solo Él tiene la misericordia que necesita su miseria: “He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable”. (San Agustín, Confesiones X, 27,39).

Con todo Agustín es consciente de que el hombre vive en una constante insatisfacción mientras peregrina por este mundo; la vida está llena de dificultades, tentaciones y adversidades que aunque Dios no las quiere nos invita a tolerarlas: “¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Tú mandas tolerarlos, no amarlos (…) En las cosas adversas deseo las prósperas, en las cosas prósperas temo las adversas” (San Agustín, Confesiones X, 27,39).

Finalmente, tras tan grande experiencia, Agustín es consciente de que es muy difícil para todo hombre mantener una vida de santidad por las constantes tentaciones a las que se ve expuesto; sin embargo confía plenamente en la misericordia de Dios e invoca sus auxilios para los mismos trabajos que le envía. Todo encendido de verdadera caridad: "Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras (…) ¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingues! Caridad, Dios mío, enciéndeme" (San Agustín, Confesiones X, 27,40).

3.3 La experiencia de la misericordia en la vida cristiana

En las Confesiones Agustín deja genialmente plasmada la experiencia de la misericordia divina en su propia vida. Sin embargo, todo quedaría sin sentido si no se evidenciaría una verdadera práctica de la misericordia con verdadera caridad. Además de las Confesiones existen importantes aportes sobre la práctica de la misericordia en la vida cristiana. A continuación se expondrán algunos comentarios de otros escritos en los cuales Agustín exhorta a vivir una verdadera experiencia de la misericordia tras la propia experiencia personal.

Vivir una verdadera experiencia de la misericordia significa que tras experimentar el amor fiel y eterno de Dios, el cristiano que se ha encontrado con el resucitado, es ahora capaz de hacer efectivo ese mismo amor entrañablemente divino hacia los hermanos con quienes le toca compartir la vida; especialmente con los más necesitados. Concretamente, las obras de misericordia son la mejor expresión del amor cristiano.

Para San Agustín la limosna es sinónimo de misericordia y exhorta a sus oyentes a practicarla. Sin embargo aclara que este acto de compadecerse de los pobres es en beneficio de dos necesitados: tanto del pobre materialmente como de aquella pobre alma que da la limosna: "Otra cosa quiero advertirles: sepan que quien da personalmente algo a los pobres realiza una doble obra de misericordia". (San Agustín, Sermón 259,5).

Según Agustín, practicar la limosna es seguir a la propia conciencia, es practicar la misma misericordia:

> Practiquen la limosna auténtica. ¿Qué es a limosna? La misericordia. Escucha a la Escritura: Compadécete de tu alma agradando a Dios. Practica la limosna: compadécete de tu alma agradando a Dios. Tu alma mendiga ante tus puertas; regresa a tu conciencia. (San Agustín, Sermón 106,4).

En esta misma línea Agustín nos ha dejado un hermoso texto en el que se vislumbra ya el concepto del "Destino universal de los bienes". Aquel que da limosna a un necesitado, en realidad está dando algo que le pertenece a Dios, más no a él mismo. Los ricos de la tierra no tienen que adueñarse de los bienes de Dios que son para toda la humanidad:

> ¿Por qué no entienden, miserables, que, hablando Dios por boca del profeta Ageo, dijo: "Mío es el oro y mía la plata", para que el que no quiere compartir con los indigentes lo que tiene, cuando escuche el precepto de practicar la misericordia, entienda que Dios manda dar, no de lo que es de aquel a quien manda, sino de lo que le pertenece a Dios, y para que quien abre la mano al pobre no piense que hace bien de lo suyo…? "Mío es el oro y mía la plata", no vuestro, ricos de la tierra. ¿Por qué, pues, dudan dar al pobre de lo que es mío o por qué se envanecen cuando dan de lo mío? (San Agustín, Sermón 50,2).

Evidencia patente de que Agustín fue un hombre profundamente misericordioso en la práctica, y que promovía en su actividad pastoral las obras de misericordia, es la existencia en su diócesis de dos instituciones que ayudaban a los más necesitados.

> La Matricula pauperum era una lista de las personas o familias más pobres, a las que se socorría periódicamente con los alimentos y elementos necesarios. Y el Xenodochium era un albergue en donde se ayudara a los extranjeros, peregrinos, pobres y necesitados de la diócesis de Hipona. (Insunza, 2017).

Todo cristiano está llamado a practicar las obras de misericordia todos los días de su vida. Esto acompañado de todos los medios eficaces de salvación, especialmente mediante los sacramentos.

3.4. REFLEXIÓN TEOLÓGICA PASTORAL